

# La contemplación de Narciso. La «vocación autobiográfica» de los historiadores

---

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN  
(Universidad de Zaragoza)

«Después reflexioné que todas las cosas le suceden a uno precisamente, precisamente ahora. Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres en el aire, en la tierra y el mar, y todo lo que realmente pasa me pasa a mí...».<sup>1</sup> Con estas palabras, pensadas por el protagonista de *El jardín de los senderos que se bifurcan*, Jorge Luis Borges inicia toda una amplia propuesta sobre el tiempo. El gran maestro del escribir breve comienza señalando la existencia de un tiempo puntual como un presente subjetivo absoluto; después, desarrolla un pensamiento del tiempo determinado por la voluntad, el tiempo de una acción decidida de una vez por todas en la que el futuro se presenta irrevocable por el pasado,<sup>2</sup> y, finalmente, expone la idea central del relato: la de un tiempo plural y ramificado en el que cada presente se bifurca en dos futuros, formando «una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos».<sup>3</sup> Esta concepción del tiempo plural, de infinitos universos contemporáneos en los que todas las posibilidades se realizan en todas las combinaciones posibles, es una de las más queridas por Borges porque para él es la reina de la literatura; más aún, la consideraba la condición que hace posible la literatura.

Es el laberinto de la ficción, pero, también, el de la historiografía. Y no porque el sugerente relato del escritor argentino se disfrace de narración histórica mediante la introducción de una cita inventada,<sup>4</sup> ni tampoco porque unos pocos historiadores conozcan

1 *El jardín de los senderos que se bifurcan*, de J. L. Borges, pertenece a *Ficciones* (1944) y está recogido en *Prosa*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1975, p. 305. Un comentario literario al texto por Í. Calvino, «Jorge Luis Borges», en *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1993, pp. 247-248.

2. Sabedor del delito absurdo y abominable que su misión de espía le impone, el protagonista se siente autorizado a dar este consejo a los otros hombres: «El ejecutor de una empresa atroz debe imaginar que ya la ha cumplido, debe imponerse un porvenir que sea irrevocable como el pasado» (p. 307).

3 *Ibidem*, p. 312.

4 «En la página 242 de la *Historia de la guerra europea* de Liddell Hart, se lee que una ofensiva de trece divisiones británicas (apoyadas por mil cuatrocientas piezas de artillería) contra la línea Serre-Montauban había sido planeada para el veinticuatro de julio de 1916 y debió postergarse hasta la mañana del día veintinueve» (*ibidem*, p. 305).

el éxito editorial con libros a caballo entre la novela abierta y la escritura histórica,<sup>5</sup> pero sí porque en las últimas décadas del siglo veinte la discusión en torno a la historia social –hasta entonces la gran esperanza de la profesión– hizo que algunos historiadores olvidaran las apelaciones de antaño a la economía y la sociología y, con los recursos que les proporcionaban la antropología y la crítica literaria, volvieran su mirada hacia la historia cultural. Y, así, la memoria y la «mente, como depósito de las prescripciones sociales, espacio donde se forma la identidad y se negocia lingüísticamente la realidad», se transformaron en foco de la nueva indagación histórica, al considerar que allí «residía la cultura, definida como repertorio de sistemas valóricos y mecanismos interpretativos».<sup>6</sup> Aún más, dejando de lado fuentes teóricas sobre las formas culturales inspiradas, por ejemplo, en Burckhardt, Huizinga, Gramsci, Lukács, Raymond Williams y E. P. Thompson,<sup>7</sup> ganaron terreno entre los «nuevos» historiadores de lo cultural<sup>8</sup> las hipótesis posmodernistas de Geertz, Derrida, Lyotard o Foucault, que cuestionan las convicciones acerca de la objetividad del saber, profetizan el abandono del «tiempo de la historia... de los relojes y el capital»,<sup>9</sup> y denuncian todo lo que se quiere presentar como realidad histórica como una construcción enteramente simbólica, una mera representación lingüística.

«El pasado no es algo que esté ahí esperando ser descubierto, sino un vacío que los historiadores han llenado con su propia imaginación», escribió Roland Barthes,<sup>10</sup> «las bases para el conocimiento histórico no son hechos empíricos sino textos escritos, incluso si estos textos se disfrazan de guerras o revoluciones», publicó Paul de Man;<sup>11</sup> el relato

5 Tal sería el caso, por ejemplo, de S. Schama en sus *Certezas absolutas. Especulaciones sin garantía*, Barcelona, Anagrama, 1993. Una crítica a esta forma de hacer historia, en E. Moradiellos, «Últimas corrientes en historia», *Historia Social*, 16 (primavera-verano de 1993), pp. 103-105. Una semblanza de este autor la realiza J. E. Ruiz-Domènec, «Simon Schama: los ojos del mundo», en *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, Península, 2000, pp. 313-331.

6 J. Appleby, L. Hunt y M. Jacob, *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1998, p. 205.

7 Para una defensa de esta tradición de historiadores de la cultura, vid. C. Möller, «Entrevista a Peter Burke», *Revista Digital Clio*, 17 (2000), pp. 1-6, y P. Burke, *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Ed., 1999 (esp. el cap. 12, «Unidad y variedad en la historia cultural», pp. 231-264).

8 Desde la historia de la mujer y los estudios de género hasta quienes se dedican a rastrear lugares de la memoria y señas de identidad colectivas. Sobre estos últimos, vid. la crítica que realiza S. Leoné Puncel en su artículo «¿Cómo escribir la identidad de Navarra? De la historia a la metahistoria», *Gerónimo de Uztáriz*, 14/15 (1999), pp. 9-17 (reproduce la comunicación presentada bajo el título «Memoria e identidad histórica: historia o metahistoria», en A. González Troyano [coord.], M. Cantos Casenave y A. Romero Ferrer [eds.], «Historia, memoria y ficción», en *IX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo, 1750-1850*, Cádiz, Universidad, 1999, pp. 189-198). Por su resultado final y el deseo de conciliar tradiciones (desde Thompson a Geertz), resulta recomendable el estudio de J. Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998 (sus presupuestos teóricos y metodológicos, en pp. 34-47).

9 E. Deeds Ermarth, *Sequel to History: Postmodernism and the Crisis of Representational Time*, Princeton, 1992, p. 22. Cfr. J. Appleby, L. Hunt y M. Jacob, *La verdad sobre la historia*, cit., p. 219.

10 Cit. por R. Samuel, «La lectura de los signos», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), p. 57.

11 P. de Man, *Visión y ceguera: ensayo sobre la retórica de la crítica contemporánea*, Puerto Rico, Ediciones de la Universidad, 1991, p. 165. Para completar su noción de que la historia es, en realidad, ficción disfrazada, vid. su libro *Alegorías de la lectura. Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*, Barcelona, Lumen, 1990.

histórico responde a un discurso construido por unos hombres en un momento histórico concreto, y no reproduce de modo objetivo la realidad, pontificó Lionel Gossman,<sup>12</sup> y Hayden White definió la historia con la idea de que es sólo una pluralidad de narraciones, cuyo contenido tal como lo vemos es imaginado o inventado.<sup>13</sup> Como ha escrito el historiador Carl E. Schorske:

En la mayoría de los campos de la cultura intelectual y artística, tanto en Europa como en Estados Unidos, se aprendió a pensar sin la historia en el siglo XX. La propia palabra «modernidad» surgió para diferenciar nuestras vidas y nuestro tiempo de lo que había ocurrido anteriormente, de la historia en su conjunto como tal. Arquitectura moderna, música moderna, ciencia moderna –todas ellas se han definido a sí mismas no tanto *fuera* del pasado, y, desde luego, mucho menos *frente* al pasado, sino como separadas de éste dentro de un nuevo espacio cultural autónomo–. La mente moderna se ha vuelto indiferente a la historia, ya que la historia, concebida como una tradición que la nutre constantemente, no le era útil en sus proyectos. La posmodernidad, admitámoslo, ha encontrado usos para elementos del pasado dentro de sus propias construcciones y deconstrucciones. Pero aunque relegue la modernidad al pasado reafirma como suya la ruptura de la modernidad con la historia como un proceso continuo, como una plataforma de su propia identidad cultural.<sup>14</sup>

Sin entrar en el debate de la no evidencia del relato histórico,<sup>15</sup> pero sin olvidar la importancia que las tesis de la modernidad ahistórica han tenido en las investigaciones

12 L. Gossman, «History and Literature. Reproduction or Signification», en R. H. Canary y H. Kozicki (eds.), *The Writing of History. Literary Form and Historical Understanding*, Madison, University of Wisconsin Press, 1978, pp. 3-39.

13 H. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992. Una síntesis de sus ideas la realiza J. E. Ruiz-Domènec, «Hayden V. White: las fronteras de la verdad», en *Rostrros de la historia...*, cit., pp. 123-135. A nivel de manual las propuestas del profesor de estudios históricos de la Universidad de Santa Cruz en California las expone S. Corcuera de Mancera en el cap. XVII, «Tiempo, historia y relato: Paul Ricoeur. La historia como expresión literaria: Hayden White», de *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, FCE, 1997, pp. 349-388. La influencia y la recepción de la Metahistory por la historiografía europea, en las distintas colaboraciones del número especial *Hayden White's Metahistory twenty years after II. Metahistory and the practice of history*, dedicado por *Storia della Storiografia*, 25 (1994). La participación de Carlo Ginzburg en el debate sobre el relato y su posicionamiento antagónico frente a White están resumidos en el excelente libro de J. Serna y A. Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Frónesis – Cátedra – Universitat de València, 2000, pp. 177-230.

14 C. E. Schorske, *Pensar con la historia*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 18-19 (ed. inglesa, *Thinking with History. Explorations in the Passage to Modernism*, Princeton, N. J., P. University Press, 1999).

15 Junto a las apretadas síntesis sobre el «giro lingüístico» y la puesta en cuestión de la historia como ciencia que realizan G. G. Iggers en *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional* (Barcelona, Idea Books, 1998, pp. 96-104) y G. Noiriel, *Sur la «crise» de l'histoire* (París, Belin, 1996, pp. 123-171), una buena panorámica sobre las teorías posmodernas y sus críticas a la historia la proporciona el libro de las historiadoras norteamericanas J. Appleby, L. Hunt y M. Jacob, *La verdad sobre la historia*, cit., pp. 188-221. Para profundizar en la polémica abierta entre los historiadores, los trabajos de E. Fox-Genovese, R. Gurstein, G. Himmelfarb, R. Jacoby y P. M. Richards, recogidos en la obra colectiva editada por E. Fox-Genovese y E. Lasch-Quinn, *Reconstructing History. The Emergence of a New Historical Society*, Nueva York – Londres, Routledge, 1999, pp. 40-138. Un resumen de las críticas hacia el posmodernismo por parte de la neoyorquina G. Himmelfarb, representante de la historia *neoconservadora*, en S. Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia*,

sobre la literatura del yo,<sup>16</sup> mi intención inicial al escribir el presente artículo fue la de hacerme eco de la «moda autobiográfica» que recorre el universo de la historiografía contemporánea. Lo que quería realizar era informar a los lectores de cómo bajo las más diversas formas, individuales o colectivas, y bajo las más diferentes tipologías (autobiografías, memorias, diarios, entrevistas, conversaciones orales o epistolarios),<sup>17</sup> el gusto por narrar los recuerdos de su vida, por otorgar significado a sus experiencias profesionales y sentido a la realidad de una existencia centrada en el estudio del pasado, se ha extendido entre los historiadores contemporáneos, hasta el punto de convertirse en una especie de fenómeno característico de la producción histórica actual.<sup>18</sup> Mi propósito, sin embargo, cambió al considerar este desplazamiento hacia el espacio de las experiencias y el tiempo de la memoria, no tanto como el simple producto de una moda, sino como la plasmación de una tradición auténticamente historiográfica de la autobiografía. Profundizar un poco en la historia de esa compleja herencia intelectual, repleta de analogías y repeticiones, pero, también, de percepciones autónomas y heterogéneas reflexiones interiores, es lo que he procurado hacer en las siguientes páginas. Después de todo, nacidas del encuentro entre la toma de conciencia colectiva de la individualidad y el acto creativo de una personalidad construida en el marco de una profesión y una determinada sociedad, las autobiografías aparecen como unas excelentes fuentes reales para el conocimiento vivo de la historiografía. Por este motivo, en el contexto del tema general sobre «el proceso de formación de la historiografía contemporánea», la cuestión del em-

cit., pp. 400-416. Para un análisis crítico de la descripción densa de Clifford Geertz, vid. G. Levi, «Sobre microhistoria», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Ed., 1993, pp. 119-143, que podemos completar con el ataque demoleedor contra los teóricos de la antropología cultural realizado por el antropólogo argentino C. Reynoso en su libro *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*, Barcelona, Gedisa, 2000 (esp. el cap. 4, «Teorías y métodos», pp. 77-125). En el campo de los estudios literarios, el análisis de la actitud deconstruccionista que niega toda fundamentación a la disciplina histórica, a partir sobre todo de la obra de Paul de Man, en el artículo de D. Simpson «La crítica literaria y el retorno a la "historia"», en J. Dollimore *et al.* (A. Penedo y G. Pontón, comps.), *Nuevo historicismo*, Madrid, Arco Libros, 1998, pp. 265-303.

16 Tal sería el caso del trabajo de J. Bruner y S. Weiser, «La invención del yo: la autobiografía y sus formas», en D. R. Olson y N. Torrance (comps.), *Cultura escrita y oralidad*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 177-202. Sobre el debate entre realidad y ficción en la literatura y el eco que las teorías deconstructivistas han tenido entre los investigadores nos hablan las ponencias de D. Villanueva, «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía», y Á. G. Loureiro, «Direcciones en la teoría de la autobiografía», recogidas en J. Romera, A. Yllera, M. García-Page y R. Calvet (eds.), *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica literaria y teatral*, Madrid, UNED, 1-3 de julio, 1992, Madrid, Visor Libros, 1993, pp. 15-31 y 33-46 respectivamente.

17 A lo largo de todo el artículo he tenido presente la advertencia de J. Olney cuando escribía que la «práctica de la autobiografía es casi tan variada como el número de personas que la llevan a cabo» («Algunas versiones de la memoria / Algunas versiones del *bios*: la ontología de la autobiografía», en *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, supl. de *Anthropos*, 29 [1991], p. 33).

18 J. D. Popkin, «Historians on the Autobiographical Frontier», *American Historical Review*, 104/3 (junio de 1998), pp. 725-748. Una relación que podíamos completar, entre otros, con títulos como el de P. Vilar, *Pensar históricamente. Reflexiones i records*, ed. de R. Congost, Valencia, Eliseu Climent, 1995 (versión castellana como *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, Barcelona, Crítica, 1997), los *Carnets de Chine* de J. Chesneaux (París, La Quinzaine Littéraire – Jean Vuitton, 1999), la *Entrevista sobre el siglo XXI* de E. Hobsbawm (Barcelona, Crítica, 2000) o el capítulo de C. E. Schorske, «El autor: encuentro con la historia», incluido en *Pensar con la historia*, cit., pp. 41-71.

pleo del género autobiográfico por parte de los historiadores me ha llevado a emprender un viaje hacia atrás, hasta los albores del siglo XVIII, antes de volver a los últimos años del XX. Más que profundizar en los aspectos psicológicos, filosóficos o literarios de los textos seleccionados, he reducido mi enfoque al estudio de aquellos contenidos que, desde el punto de vista temático, resaltan la concepción histórica y la mentalidad historiográfica de los autores.

Dicho esto, tal vez sea útil comenzar llamando la atención sobre una de las señas de identidad que particulariza los discursos autobiográficos de los historiadores: la singular percepción y utilización del tiempo. Frente a la «loca esperanza de detener el curso del tiempo y pretender que vuelva atrás» de algunos escritores, frente a las muchas «autobiografías que se presentan como tentativas desesperadas de triunfar sobre el tiempo y la muerte»,<sup>19</sup> los historiadores cultivadores del género mantienen en sus obras la tensión entre la experiencia (pasado actual) y la expectativa (futuro actualizado) que, explicada hace unos años por el padre de la historia conceptual, Reinhart Koselleck, ha convertido a los miembros de la profesión en los guardianes de esa «magnitud que va cambiando con la historia» que es el tiempo histórico.<sup>20</sup> Y es que, si estamos de acuerdo en «que la problemática de tiempo es tan decisiva en la autobiografía como la de la propia enunciación e identidad del yo», y también lo estamos en la existencia convencional de un «cierre rotundo» que «corresponde con el momento de la escritura, desde el que se repasa y reconstruye toda una vida»,<sup>21</sup> la noción de tiempo aparece ante nuestros ojos como un laberinto porque los historiadores recorremos sus entrecruzados senderos con la incertidumbre y el temor de sospechar que no sólo vivimos en él sino que hemos asumido la función de ser sus vigilantes.<sup>22</sup>

#### LA CONTEMPLACIÓN DE NARCISO: LA REPETICIÓN DE LOS RECUERDOS O EL DESEO DE TRANSCENDER

Esta última consideración nos permite, por un lado, plantear la importancia de la dimensión histórica en ese conjunto de experiencias hechas que se reúnen –pues, como tales experiencias, son repetibles– por aquellos que se deciden a escribir sobre sí mismos; y, por otro, recordar que la repetición y la memoria se encuentran, sin duda, en-

19 G. May pone, entre otros ejemplos, el caso ficticio del narrador de *En busca del tiempo perdido* y las autobiografías escritas por ensoñadores reales como Colette o Stendhal (*La autobiografía*, México, FCE, 1982 [1ª ed., París, PUF, 1979], pp. 59-60).

20 R. Koselleck, «Espacio de experiencia» y «horizonte de expectativa», dos categorías históricas, en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-357. Una semblanza de las ideas del historiador alemán la realiza J. E. Ruiz-Domènec, «Reinhart Koselleck: el reto del federalismo», en *Rostros de la historia...*, cit., pp. 209-223.

21 D. Villanueva, «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía», cit., p. 20.

22 De su problemática, de nuestra capacidad de descomponerlo en diversas temporalidades y su utilización en la construcción de los textos, el reciente libro de J. Leduc realiza una revisión bastante completa desde los años cuarenta hasta la actualidad que nos exime de cualquier otra referencia a la cuestión (*Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París, Seuil, 1999).

tre las categorías más significativas de la autobiografía. Lo supo aquel poeta y profesor de retórica, historiador de la antigüedad y filósofo del derecho llamado Giambattista Vico y lo pensaron toda una serie de escritores de historia de los siglos XVIII y XIX que, además de creer en el individuo y el progreso indefinido de los hombres, cobraron conciencia del sentido histórico de la vida individual y proclamaron el valor moral e intelectual de la transcendencia.<sup>23</sup> Una aspiración subjetiva donde lo orgánico y la realidad sentida del tiempo aparecen inseparablemente unidas a la profunda convicción sobre la vida ulterior de la cultura clásica y la confianza humanista en el gran edificio del lenguaje. Archivo de los recuerdos y los hechos de unos pocos hombres ilustrados, la literatura autobiográfica pasó a formar parte del amplio y, a la vez, difuso programa que conformaron las fuentes del conocimiento del «imaginado jardín de la cultura liberal».<sup>24</sup> De ese modo, el nuevo orden literario y/o historiográfico<sup>25</sup> encontró en este tipo de obras, repletas de referencias ideales, conductas psicológicas, motivos sentimentales y apuestas contra la mortalidad, una forma perfecta para la educación de la nostalgia de los autores y sus públicos universales. A fin de cuentas, tanto los autobiógrafos como sus lectores utilizarán las palabras para contemplarse a sí mismos y a los otros, para mirarse en el espejo de su condición humana, porque «Inclinados sobre la espalda de Narciso vemos nuestro rostro, y no el suyo, reflejado en las aguas de la fuente».<sup>26</sup>

En cada caso los temas que favorecen este fenómeno son variados; sin embargo, el recuerdo de la formación de una «vocación» y el estilo de vida que de ella se desprende será uno de los caminos más seguros seguido por un amplio grupo de escritores de autobiografías. Así lo hizo el profesor napolitano que, enfrentado a la modernidad intelectual de una época dominada por Descartes, reivindicó en la *Vita di Giambattista Vico scritta da se medesimo*<sup>27</sup> la historia de su evolución intelectual no tanto como la historia de sí mismo sino como la del conjunto de obras que hicieron de él «un hombre de le-

23 Por descontado, se trata de un proceso que no fue ni mucho menos fluido, con tropiezos y dilaciones cuyo nacimiento se puede rastrear, como hace A. Gurevich, en los primeros tiempos medievales, siempre teniendo en cuenta que «Entre la personalidad medieval y la personalidad moderna no hubo una herencia evolutiva, ya que una y otra son tipos cualitativamente distintos. El hombre de la Edad media es nuestro antepasado y, al mismo tiempo, es otro (no un extraño, sino precisamente otro) y debe ser comprendido en su irrepetible especificidad» (*Los orígenes del individualismo europeo*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 213). En su primer capítulo, el autor ruso ofrece una buena panorámica de las diversas corrientes y principales historiadores que se han planteado el problema de la individualidad en la historia, desde Jacob Burckhardt o Karl Lamprecht (afirmaban que el interés por la individualidad humana en la cultura europea surgía por primera vez en el Renacimiento) hasta los trabajos de Georg Misch, Alfons Dopsch, Colin Morris y otros más recientes que sitúan la aparición del individuo en la Edad Media (pp. 9-23). Sobre la consolidación de la concepción de uno mismo como personalidad individual, vid. *infra* nota 54.

24 La expresión, en el extraordinario ensayo de G. Steiner, *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Barcelona, Gedisa, 1998 (1971), p. 19.

25 Una insuperable defensa de la relación de la literatura y la historia la realiza J.-C. Mainer en su libro *Historia, literatura y sociedad (y una coda española)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000 (esp. pp. 23-147).

26 G. May, *La autobiografía*, cit., p. 131.

27 Originalmente publicada entre 1728 y 1729, de la *Autobiografía* de Vico existen tres traducciones al español, la primera en Madrid, Espasa-Calpe, 1948, una segunda más incompleta aparecida en Buenos Aires, Aguilar Argentina, 1970, y la más reciente y mejor editada por M. González García y J. Martínez Bisbal (Madrid, Siglo XXI, 1998).

tras.<sup>28</sup> Redactada en tercera persona, la autobiografía de Vico se plantea como una lúcida evocación del origen y desarrollo de la *Ciencia Nueva*, el soberbio texto a cuya creación había dedicado toda su existencia.<sup>29</sup> Después de afirmar la originalidad de su pensamiento en su famosa teoría de la historia, entendida como una «historia de la génesis y desarrollo de las sociedades humanas y de sus instituciones»,<sup>30</sup> una fluctuación sin fin de *corsi* y *recorsi*, Vico gestiona el tiempo de su escritura y de su personalidad de autor desde la conciencia de la repetición en tanto función de la memoria. Una memoria que, para él, presentaba tres aspectos diferentes (el del recuerdo, el de la imaginación y el de la invención), siendo sus obras producto de la misma en los tres sentidos del término. En este orden de cosas, la *Ciencia Nueva* y la *Autobiografía* se asemejan entre sí y las obras que se derivan sólo por el hecho de diferir de ellas, pues cada texto repite otros textos al producir diferencia.<sup>31</sup>

Es el eco de la tradición, de las grandes obras del pasado que alimentan la cultura clásica universal en la que se inserta el individuo. Pero también son las prevenciones naturales de quienes admiten que, en el proceso de transmutación de la vida en un presente determinado, al lado de la imaginación especulativa y la invención creadora, las primeras diferencias estarían provocadas por el papel desempeñado por la memoria, casi siempre infiel, inconstante y caprichosa.<sup>32</sup> Con todo, el reconocer este aspecto decisivo

28 Siguiendo a Vico, dos siglos más tarde, uno de sus más agudos lectores, el filósofo inglés R. G. Collingwood, afirmaría que «La autobiografía de un hombre cuyo oficio es pensar debiera ser la historia de su pensamiento» («Prefacio» a *Autobiografía*, México, FCE, 1953). Como complemento a lo señalado sobre las autobiografías de los historiadores contemporáneos y ejemplo de cómo la cultura autobiográfica se nutre continuamente de obras de grandes pensadores citaremos las traducciones de los alemanes K. Löwith, *Mi vida en Alemania antes y después de 1933. Un testimonio* (Madrid, Visor, 1993), N. Elias, *Mi trayectoria intelectual* (Barcelona, Península, 1995), y H.-G. Gadamer, *Mis años de aprendizaje* (Barcelona, Herder, 1996).

29 Como recuerda K. Löwith, la *Ciencia Nueva* apareció en su primera edición en 1725, y en forma completa en 1730, siendo revisada en 1744. El gran filósofo de la historia alemán recalcó el valor de la obra de Vico cuando escribió: «No solamente anticipa ideas fundamentales de Herder y Hegel, de Dilthey y Spengler, sino también los más notables descubrimientos de la historia romana, que debemos a Niebuhr y a Mommsen; la teoría de Wolf sobre Homero; la interpretación de la mitología, de Bachofen; la reconstrucción de la vida antigua a base de la etimología, de Grimm; el entendimiento histórico de las leyes, de Savigny; de la ciudad antigua y del feudalismo, de Fustel de Coulanges, y de la lucha de clases de Marx y de Sorel» (*El sentido de la Historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, Madrid, Aguilar, 1973, pp. 131-132). En el mercado español, junto las traducciones, ya clásicas, realizadas por J. Carner, *Principio de una Ciencia Nueva en torno a la naturaleza común de las naciones* (Méjico, El Colegio de Méjico, 1941, 2 vols.), y la de M. Fuentes Benot, *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones* (Buenos Aires, Aguilar, 1956-1960, 4 vols.), los años noventa se han caracterizado por una eclosión de ediciones, entre las que mencionaremos la de R. de la Villa (Madrid, Tecnos, 1995) y la más reciente de J. M. Bermudo y A. Camps (Barcelona, Folio, 1999).

30 R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, México, FCE, 1965, p. 71.

31 Vid. M. Sprinker, «Ficciones del «yo»: el final de la autobiografía», en *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, supl. de *Anthropos*, cit., pp. 118-128.

32 Sobre los tres sistemas de transmisión de los que parece servirse la memoria humana, podríamos recordar la definición que realizan J. Bruner y S. Weiser de la autobiografía: «ese acto sutil de poner una muestra de recuerdos episódicos en una densa matriz de recuerdos semánticos organizados y culturalmente esquematizados» («La invención del yo: la autobiografía y sus formas», cit., p. 185).

—que la memoria puede ser un mal instrumento en la reconstrucción de los recuerdos—no significa que debamos o podamos rechazarla.<sup>33</sup> Sobre este punto, Georges May, al tiempo que nos recordaba cómo entre los autobiógrafos hay cuando menos dos clases, los que se ayudan de un amplio inventario de «soportes materiales objetivos» (cartas, recortes de periódicos o diarios) y los que sólo utilizan su memoria, nos advirtió sobre el error de pensar que los primeros están mejor armados para reconstruir la auténtica realidad del pasado. De un modo u otro, sucede a menudo que los documentos adquieren a los ojos del autor un valor persuasivo superior al de sus propios recuerdos, lo que no constituye en sí mismo garantía alguna de autenticidad. Mientras que, entre los segundos, existen múltiples motivos para «hacer inexacta y mentirosa la narración autobiográfica», para desarrollar diferencias entre una historia que pasó y la historia que se desea perpetuar: desde el simple olvido doméstico hasta el silencio voluntario por razones culturales o morales, pasando por la censura provocada por la situación social o política.<sup>34</sup>

No nos ha de extrañar, por tanto, que un número importante de los autobiógrafos se avengan a ella sin ilusión, en tanto que lo que cuenta no es el acontecimiento histórico que narran sino el recuerdo (probablemente deformado e incompleto) que guardan en su memoria. De esta manera el historiador norteamericano Henry Adams, descendiente de dos presidentes y director en Harvard del primer seminario de historia rankeano, después de relatar el viaje que hizo a los doce años de edad de Boston a Washington, no dudaba en concluir que éste «era el viaje que recordaba. El viaje real pudo ser completamente diferente, pero el viaje real carece de interés para la educación. La memoria era lo importante, y lo que más le impresionó, y se conservaría fresco en su recuerdo durante toda su vida, fue el súbito cambio que aconteció al entrar en un Estado esclavista».<sup>35</sup> Es decir, para este autor de la monumental *Historia de los Estados Unidos bajo las presidencias de Jefferson y Madison (1889-1891)*, el acontecimiento recordado de su historia personal quizás no exis-

33 Mucho menos cuando conocemos cómo, en los últimos años, influenciados por los trabajos de los sociólogos y politólogos, principalmente franceses y norteamericanos, los historiadores se han acercado al análisis de la memoria y el aprendizaje colectivos en su más amplio sentido. De igual modo, sobre las diversas teorías y planteamientos del concepto de «cultura del recuerdo» una excelente síntesis la ofrece J. Sträter, «El recuerdo histórico y la construcción de significados políticos. El monumento al emperador Guillermo en la montaña de Kyffhäuser», *Historia y Política*, 1 (abril de 1999), pp. 88-90. Sin ánimo de ser exhaustivo y sólo como ejemplo del fervor que, entre nosotros, han comenzado a tener este tipo de estudios mencionaremos a P. Aguilar Fernández, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Ed., 1996; las distintas colaboraciones recogidas en el volumen coord. por A. Alted, *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, Madrid, UNED, 1996; el nº 32 de la revista *Ayer*, dedicado a *Historia y memoria* (1998); la obra de A. Reig Tapia, *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Ed., 1999, y el más reciente libro coord. por S. Pérez Garzón, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000. En última instancia, una aproximación a la imagen histórica de un rey, en este caso Carlos I, y su reflejo en la cultura del recuerdo de los españoles contemporáneos, en mi artículo «La fortuna del emperador: la imagen de Carlos V entre los españoles del siglo XIX», en J. Martínez Millán y C. Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, II, pp. 135-194.

34 G. May, *La autobiografía*, cit., pp. 89-92.

35 H. Adams, *La educación de Henry Adams*, Barcelona, Alba, 2001, p. 84. Escrita en 1905 e impresa en una edición de cien ejemplares en 1907, la obra se difundió en 1918, seis meses después de la muerte de su autor.



como en la novela de Graham Swift *El país del agua*, en la que un profesor de historia mezclará los recuerdos históricos con los personales al intercalar en sus enseñanzas sobre la Revolución Francesa los hechos de su propia vida familiar o la historia de sus antepasados;<sup>40</sup> e, incluso, como en la película *Blade Runner*, cuando en su monólogo final el androide Nexus 6, dirigiéndose al protagonista, Rick Deckard, recordaba haber «visto cosas que vosotros no creeríais. He visto atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tanhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir».<sup>41</sup>

Sin embargo, este vivir imaginado que permite a los escritores y cineastas «proponer otro mundo ante el que somos libres e impunes»<sup>42</sup> se encuentra limitado en el caso de los autobiógrafos, que utilizan sus recuerdos como puntos de referencia para la repetición de su historia personal y el descubrimiento recapitulador del personaje que han llegado a ser. Situados en un mundo que no es imaginario, porque pudo existir en una realidad pasada, existe en el momento inmediato de la construcción del discurso y existirá en las posibles reconstrucciones posteriores, es la conciencia de la irreversibilidad temporal de su vida lo que otorga una perspectiva histórica a los recuerdos biográficos de los autores.<sup>43</sup> En este sentido, otro ilustre napolitano, Benedetto Croce, expresó el enfoque desde el que se proponía esbozar «la crítica y, por lo tanto, la historia de mí mismo»:

Sobre todo, no estaré en condiciones de emitir sobre mí juicios bajo un aspecto que me supere a mí mismo, porque, como es natural, puedo, sin duda, juzgar mi pasado desde el presente, mas no mi presente desde el porvenir. De ahí, pues, el inevitable colorido que tomarán algunas de estas páginas de apología o de justificación de la obra –mejor o peor– llevada a cabo por mí; y digo inevitable porque aunque ahora la condenase en nombre de una nueva opinión mía acerca de ella, siempre la condenaría desde el presente, y con eso vendría, de cualquier modo, a justificar y consagrar el pasado, esto es, los actos y las experiencias que me habrían conducido a un presente mejor. No se atribuya, pues, a manifestación de amor propio lo que es intrínseca y lógica necesidad del asunto.<sup>44</sup>

40 G. Swift, *El país del agua*, Barcelona, Planeta, 1983.

41 Basada en la novela de P. K. Dick, *Blade Runner. ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, Barcelona, Edhasa, 1999 (19681), en 1982 Ridley Scott dirigió la película *Blade Runner*, protagonizada por Harrison Ford y, en el papel de Nexus 6, por el actor holandés Rutger Hauer. La cita está reproducida en la portada interior del libro colectivo *Blade Runner*, Madrid, Tusquets, 1996 (incluye artículos sobre diversos aspectos de la película de R. Argullol, G. Cabrera Infante, F. Savater o V. Molina Foix).

42 J.-C. Mainer, *Historia, literatura y sociedad*, cit., p. 136.

43 Una reflexión metodológica sobre la reconstrucción retrospectiva de la experiencia biográfica, en el artículo de M. Leclerc-Olive «Les figures du temps biographique», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, CIV (enero-junio de 1998), pp. 97-120.

44 B. Croce, *Aportaciones a la crítica de mí mismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000, pp. 13-14 (escritas en 1915, la 1ª ed. pública de la obra se difundió en 1926).

## POESÍA Y VERDAD: LA INVENCION HISTÓRICA DE LA ORIGINALIDAD INDIVIDUAL

En todo caso, la legitimidad historiográfica de toda autobiografía vendría avalada por la relación de sinceridad establecida con los lectores, por su apariencia de verdad y la posibilidad de contrastar los detalles y acciones contenidos en el espacio de la narración.<sup>45</sup> Tempranamente, el autor de la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*<sup>46</sup> y de una de las primeras grandes autobiografías contemporáneas, Edward Gibbon,<sup>47</sup> afirmó la importancia de decir la verdad al hablar de sí mismo, porque «La verdad, la verdad desnuda y sin vergüenza, primera virtud de los géneros históricos más serios, debe ser también la única manera de que esta narración personal pueda recomendarse al lector».<sup>48</sup> Esta intención de autenticidad, de referir la causalidad de los hechos sin alterarlos, introdujo en el género autobiográfico la distinción entre el conocimiento «científico» de los recuerdos y la ficción de la escritura. Y una exigencia intelectual —la de conocer bien y mejor que los antiguos— provocaría la obsesión de estos autores por la forma de expresar y comunicar sus ideas, pues, «el estilo es la imagen del carácter y los hábitos de escribir correctamente pueden producir, sin esfuerzo o intención determinados, la apariencia de arte y estudio».<sup>49</sup> Por eso el famoso ilustrado escocés señalaría cómo, «A los cincuenta y dos años de edad, después de llevar una obra ardua y afortunada»,<sup>50</sup> el individuo se puede y debe convertir

45 Utilizando las pioneras páginas del crítico francés P. Lejeune, donde señala las diferencias entre la novela y la autobiografía (*Le pacte autobiographique*, París, Seuil, 1975), A. Caballé realiza una apretada síntesis sobre el problema de la «sinceridad» en las autobiografías (*Narcisos de tinta. Ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana [siglos XIX y XX]*, Málaga, Megazul, 1995, pp. 33-36).

46 E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (Londres, 1776-1788). Bajo el título de *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, la obra fue traducida por el aragonés J. Mor de Fuentes (Barcelona, A. Bergnes y Comp., 1842-1847, 8 vols., los tres últimos Imp. de Juan Oliveres; la obra completa se reeditó en Madrid, Turner, 1984, y existen las ediciones abreviadas publicadas en Madrid, Hyspamérica, 1987, y Barcelona, Alba, 2000). El montisonense Mor de Fuentes publicó *El bosquejillo de su vida y escritos* (Barcelona, Impr. de D. A. Bergnes, 1836), tal vez el primero de los relatos autobiográficos del XIX redactados sin voluntad apologética ni justificativa de conductas públicas (vid. A. Caballé, *Narcisos de tinta...*, cit., p. 149). Sobre este autor, vid. el estudio biográfico de J. Cáteda Teresa, *Vida y obra de José Mor de Fuentes*, Monzón (Huesca), CEHIMO, 1994.

47 Para una primera aproximación al historiador escocés, junto a la voz «Gibbon, Edward, 1737-1794» que le dedica P. Ghosh en la *Encyclopedia of Historians and Historical Writin*, ed. cit. de K. Boyd, I, pp. 461-463, y el ya clásico libro de M. Baridon, *Edward Gibbon et le mythe de Rome: histoire et idéologie au siècle des lumières*, París, Champion, 1977, por su relación con el tema tratado en el texto es muy recomendable la lectura del artículo de M. Watson Brownley «Gibbon: The Formation of Mind and Character», incluido en el monográfico *Edward Gibbon and the Decline and Fall of the Roman Empire* que le dedicó la revista *Daedalus*, 105/3 (1977), pp. 13-25 (con colaboraciones, entre otros, de A. Momigliano, P. Burke, G. Giarrizzo, F. Haskell o F. Manuel). En última instancia, de la abundante bibliografía que ha generado su vida y sus obras mencionaremos el volumen colectivo ed. por D. Womersley, *Edward Gibbon: Bicentenary Essays*, Oxford, Voltaire Foundation, 1997.

48 E. Gibbon, *Autobiografía*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949, p. 13. En origen la obra formaba parte de *Miscellaneous Works of Edward Gibbon with Memoirs of His Life and Writings* (ed. de J. Lord Sheffield, 1796, 3 vols.; revisada en 1814 y 1837; en 1839, aparecerá como *Memoirs of My Life*; una reed. reciente como *Gibbon's Autobiography*, ed. de M. M. Reese, Londres, Routledge & Kegan, 1970). Quizás sea significativo que J. L. Borges fuera el encargado de seleccionar y prologar esta obra bajo el título de *Páginas de historia y autobiografía*, Buenos Aires, Universidad (Dep. de Lenguas y Literaturas Modernas), 1961.

49 E. Gibbon, *Autobiografía*, cit., p. 13.

50 *Ibidem*, p. 13.

en un crítico de sí mismo en su doble perspectiva de historiador y hombre.<sup>51</sup> Y por eso escribió el relato de su vida con una actitud positiva hacia su mundo real.

Al igual que Vico —piensa Karl J. Weintraub—, concibió su tarea autobiográfica como una manera de mostrarle al mundo la forma en que un hombre se convirtió en el autor de una gran obra, *Decadencia y caída*. Al contrario que Vico, no acometió esta tarea por medio de la exposición de la lógica interna de aquellos agentes que le guiaron a la creación de la magistral historia sino que narra la evolución progresiva del historiador como un proceso constante en el que la personalidad de cada hombre que se va formando en el mundo, en una lograda interacción con las vueltas frecuentemente extrañas que dan sus particulares circunstancias vitales.<sup>52</sup>

Estamos a finales del Setecientos, el tiempo de la causalidad newtoniana, de la naturaleza universal de los hombres, del valor racional de la imaginación, de la teoría del sentido común y del progreso humano. El siglo de Voltaire, de los historiadores filosóficos que consideraban «que la historia de la mente y la historia de la sociedad estaban inextricablemente unidas, y que el destino de la humanidad estaba en juego en esa unión».<sup>53</sup> La centuria que en mayor medida contribuyó al nacimiento de la disponibilidad histórica moderna y la época donde comenzó a desarrollarse la concepción de uno mismo como personalidad individual.<sup>54</sup> El resultado de esta idea —la individualidad— hizo que las autobiografías cobraran un nuevo significado: ser un testimonio de la superioridad de *su civilización y su tiempo*, una referencia del llamado *espíritu del siglo de los hombres ilustrados*. De ese modo, al margen de sus valores literarios y sus móviles apologéticos, afectivos o narcisistas, importaba reflejar la evolución de una persona en su relación individual con el medio natural que le había tocado vivir. No sin satisfacción, a esto se refería el escéptico Gibbon cuando en las últimas páginas de su texto explicaba: «Cuando contemplo la suerte común de los mortales tengo que reconocer que he sacado un gran premio en la lotería de la vida. La mayor parte del globo está sumida en la barbarie o la esclavitud; en el mundo civilizado, la clase más numerosa se halla condenada a la ignorancia y a la pobreza y a la doble suerte de mi nacimiento en un país li-

51 Aplicando a la «imaginación» creadora el precepto horaciano según el cual todo texto literario debía guardarse «hasta el noveno año», Gibbon recordaría cómo las expectativas albergadas al escribir una obra se pueden y deben revisar antes de darla a la imprenta (*Autobiografía*, cit., p. 88). La cita de Horacio, en *Arte Poética*, ed. de E. C. Wickham y H. W. Garrod, Oxford, 1963 (19011), vv. 386-390.

52 K. J. Weintraub, «Autobiografía y conciencia histórica», en el supl. de *Anthropos* dedicado a *La autobiografía y sus problemas teóricos*, cit., p. 24. Una ampliación de sus ideas, en su libro *La formación de la individualidad. Autobiografía e historia*, Madrid, Megazul, 1993 (1ª ed. en inglés, de 1978).

53 C. E. Schorske, *Pensar con la historia*, cit., p. 365.

54 Como complemento a lo señalado en la nota 23, D. M. Lowe, en su magnífica *Historia de la percepción burguesa*, recuerda que hasta entonces «La "personalidad" había significado la cualidad o el carácter de ser una persona, en contraste con una cosa. Sólo a finales del siglo XVIII, al comienzo de la sociedad burguesa, llegó a significar la cualidad o carácter de ser una persona en contraste con otras personas, es decir, ser un individuo» (México, FCE, 1986, p. 167). Desde la filosofía política, la identidad humana y la interiorización del yo, ha sido estudiada, entre otros, por el teórico de la diferencia y el multiculturalismo canadiense C. Taylor en *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996 (19891 en inglés).

bre y esclarecido, en una familia honorable y rica, es la venturosa contingencia de uno contra millones.<sup>55</sup>

Los puentes hacia la historicidad del individuo estaban tendidos y, por lo que hace al tema que nos ocupa, uno de los primeros en cruzarlos sería Goethe. En efecto, en *Poesía y verdad*,<sup>56</sup> el admirado poeta alemán concibió su autobiografía como la historia de la «educación» de su personalidad en coexistencia plena con la historia de su mundo. Una vida específica y diferente cuya trayectoria, desarrollada en un tiempo singular y un contexto determinado, sólo podía ser entendida a través de su *dimensión histórica*, porque

el principal deber de toda biografía —escribía en su célebre prólogo— parece ser el de representar a los hombres en las circunstancias de su época, e indicar en qué medida le fuera favorable, qué idea le indujo a formarse del mundo y de los hombres, y cómo, si era artista, poeta, escritor, acertó a proyectarlas hacia fuera. Pero a tal fin se requiere algo inasequible, a saber: que el individuo se conozca a sí propio y a su siglo; a sí propio en cuanto se haya mantenido el mismo en todas las circunstancias, y al siglo como a algo que consigo arrastra, al que quiere y al que no quiere, y lo determina y forma; de tal manera, que se pueda decir que cualquiera que hubiere venido al mundo sólo diez años antes o después, por lo que a la cultura propia y a la acción hacia afuera se refiere, habría sido enteramente otro.<sup>57</sup>

No por casualidad, de su antiguo maestro en Estrasburgo, Johann Gottfried Herder, el creador del *Fausto* había aprendido a valorarse a sí mismo, a los individuos y a la historia;<sup>58</sup> y, del autor de aquellas espontáneas confesiones de juventud plasmadas en el *Diario de mi viaje del año 1769*,<sup>59</sup> asimiló una concepción histórica de la condición humana enfrentada al universalismo y la inmutabilidad ilustrada al leer que la «naturaleza humana no es una divinidad espontáneamente orientada hacia el bien; tiene que aprenderlo todo, desarrollarse progresivamente y avanzar paso a paso en una lucha constante». <sup>60</sup> Basada en una visión proteica del hombre cuya naturaleza podía adoptar, libre y voluntariamente, la apariencia de múltiples y variadas formas de ser, de expresar y actualizar su yo, el entendimiento histórico se hacía necesario, no sólo para conocer los cambios y transformaciones de las generaciones anteriores, sino para la comprensión de

55 E. Gibbon, *Autobiografía*, cit., p. 158.

56 J. W. von Goethe publicó los cuatro volúmenes de su *Dichtung und Wahrheit* entre 1811 y 1833. En el XIX L. Ruiz de Velasco los tradujo como *Memorias de Goethe* (Madrid, Revista Literaria, 1881), posteriormente se editarían las *Memorias de mi vida: Poesía y verdad* (Madrid, Calpe, 1922; reed. en Madrid, Espasa-Calpe, 1942-1946) y, como *Poesía y verdad*, formó parte de las *Obras completas* de Goethe, traducidas, recopiladas y prologadas por R. Cansinos Assens, que en tres volúmenes publicó la madrileña editorial Aguilar en 1968. En el texto he utilizado esta última ed. en su reimpr. de 1987 (II, pp. 1449-1903).

57 *Ibíd.*, p. 1459.

58 En *Poesía y verdad*, Goethe recordará las semanas que convivió con Herder, su carácter y todo lo que aprendió (*Obras completas*, cit., pp. 1686-1693).

59 J. Gottfried Herder, «Diario de mi viaje del año 1769», en *Obra selecta*, trad. de P. Ribas, Madrid, Alfaguara, 1982, pp. 23-129.

60 J. Gottfried Herder, «Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad», en *Obra selecta*, cit., p. 298.

la propia individualidad y la de su sociedad. De esta suerte, la narración literaria del consejero áulico de Weimar adquirió los rasgos y propiedades de un género histórico. Y, aunque en el relato resulta difícil distinguir la proporción en que entran la *poesía* (creación artística) y la *verdad* (indagación erudita), la historia de la vida de Goethe se convirtió en un modelo para un tipo de autobiografías cuyos autores, «considerando su vida como un proceso de interacción con el mundo coexistente», acometieron «la tarea de darle forma a la visión retrospectiva de una parte significativa de la misma».<sup>61</sup>

Con aparente sencillez, la literatura del yo había iniciado su andadura por las veredas de la nueva modernidad dominada por el pensamiento histórico y su perspectiva temporal. Mucho más cuando, una vez satisfecha la imaginación de sus lectores contemporáneos, el anhelo de los autobiógrafos de trascender, de alcanzar la universalidad y la fama imperecedera de la posteridad, comenzó a realizarse ante el celo indiscreto de los eruditos y la curiosidad sentimental de los públicos que les sucedieron. Desde entonces, planteada la personalidad individual como un ideal, una heterogénea legión de intermediarios culturales, críticos literarios y educadores encontraron en las autobiografías un material para el comentario y la interpretación biográfica.<sup>62</sup> Un lugar apropiado para el ejercicio del culto hagiográfico y un espacio frecuentado por los rastreadores de documentos y expurgadores de mentes, cuyas pretensiones de saber más que los autores en cuestión les llevará a verificar errores, demostrar omisiones y descubrir las verdades escondidas por los grandes hombres. En paralelo, la nostalgia del pasado y la generalización de la cultura tipográfica acentuaron los elementos subjetivos de la percepción de los lectores, espectadores y aficionados decimonónicos. Esto tuvo su reflejo en la popularidad alcanzada por la novela histórica al estilo de Walter Scott, que «integraba el tiempo externo de un medio histórico con el tiempo interno de las emociones de sus protagonistas»;<sup>63</sup> también, en el interés por los redescubrimientos y *revivals* de los estilos del pasado que «constituían un medio para que los artistas modernos encontraran su propia individualidad»;<sup>64</sup> y, por último, en la difusión del gusto por conocer las visiones de la vida dejadas por los escritores que, a la manera de modernos Janos, conectaban el pasado y el porvenir en el presente acelerado de su experiencia humana.<sup>65</sup>

61 K. J. Weintraub, «Autobiografía y conciencia histórica», cit., p. 25.

62 Desde la teoría de la interpretación, algunas reflexiones sobre la compleja relación de los textos con sus lectores las realiza E. Lledó en *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998 (Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991), pp. 81-95 y 117-146.

63 D. M. Lowe, *Historia de la percepción burguesa*, cit., p. 84. Para la crítica a la novela histórica y a la autoridad hasta entonces indiscutida de sir Walter Scott, vid. H. R. Jauss, *La historia de la literatura como provocación* (Barcelona, Península, 2000, esp. el cap. «El fin del período artístico. Aspectos de la revolución literaria de Heine, Hugo y Stendhal», pp. 101-136).

64 Vid. C. Rosen y H. Zerner, *Romanticismo y realismo. Los mitos del arte del siglo XIX*, Madrid, Hermann Blume, 1988, p. 174.

65 Sobre la moderna experiencia del tiempo vivido en la sociedad burguesa, vid. D. M. Lowe (*Historia de la percepción burguesa*, cit., pp. 70-116), y para la aceleración de los ritmos temporales de los hombres de la primera mitad del siglo XIX, las referencias de G. Steiner, *En el castillo de Barba Azul...*, cit., pp. 27-28, y J.-C. Mainer, *Historia, literatura y sociedad*, cit., p. 79.

Por su parte, con las excepciones importantes de algunos literatos para quienes la realización autobiográfica fue una constante a lo largo de toda su trayectoria creadora,<sup>66</sup> los intelectuales del XIX, impregnados de historicismo, transformaron la reflexión sobre sus vidas en una exhibición personal, un ejercicio literario menor en comparación con las obras que en su momento parecieron de mayor envergadura<sup>67</sup> y una fuente de salvación frente al destino. Al ensalzar el valor histórico de la individualidad establecieron los criterios estéticos y sociales sobre los que se instituiría una moderna tradición de cultura transmitida y divulgada entre los personajes surgidos de los nuevos espacios de la política y del saber creados por la sociedad burguesa.<sup>68</sup> De este modo, en el marco del gran movimiento de tendencias e ideas historiográficas que tuvo lugar durante el siglo XIX y mientras la *objetividad* y la *verdad*, el *método*, las *leyes históricas* o el *sujeto social de la historia* pasaban a ocupar un lugar central en los debates sobre la construcción «científica» de la disciplina, los historiadores también se hicieron autobiógrafos.

#### EN EL ESPEJO DE LA PROFESIÓN: NO ES LA HISTORIA LA QUE SE REPITE SINO LOS HISTORIADORES

Narcisos del reino de la historia, nada de sorprendente tiene que, casi un siglo después de Goethe, el puritano liberal Henry Adams continuara llamando «educación» a las diversas formas que adoptó el yo en el curso de su existencia. Lo que sorprende en la autobiografía escrita por este antiguo admirador de Comte y apasionado lector de Gibbon no es sólo su deliberada ocultación de las dos décadas más activas de su vida (1871-1892), sino también la ironía del fracaso, la decepción de sí mismo y el sentimiento de crisis intelectual y política de su mundo que manifiesta al «contemplar retrospectivamente sus aventuras en busca de conocimiento».<sup>69</sup> Encuadrada en el amplio territorio del

66 Junto a Goethe, resulta inevitable mencionar a Stendhal, el gran «egotista» que, obsesionado por sí mismo, escribiría en el entorno de sus cincuenta años los *Recuerdos de egotismo* (1832) y la *Vie de Henry Brulard* (1835) (vid. M. Crouzet, *Stendhal o el señor Yo Mismo*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1992, pp. 725-730 y 785-794, principalmente; H. R. Jauss, *La historia de la literatura como provocación*, cit., pp. 123-129, y F. J. Hernández, «Stendhal: la autobiografía perpetua», en J. Romera et al., eds., *Escritura autobiográfica*, cit., pp. 47-57). De igual modo, debemos pensar en el conjunto de obras que pueden ser consideradas autobiográficas sin constituir por ello una autobiografía, por ejemplo *Hijos y amantes* de H. D. Lawrence, el *Retrato del artista* de J. Joyce o *David Copperfield* de C. Dickens (vid. J. Olney, «Algunas versiones de la memoria...», cit., p. 40).

67 Para el tema que nos ocupa, una nota sobre los motivos ocultos que conducen a la evolución del gusto la proporciona G. May cuando señala cómo, en nuestros días, las *Confesiones* de Rousseau o las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand son mucho más leídas que sus grandes obras, «mientras que, tratándose de escritores de menor envergadura como, por ejemplo, Marmontel o Quincey, se supone que las autobiografías son las únicas que aún encuentran lectores en nuestra época» (*La autobiografía*, cit., p. 108).

68 El desarrollo histórico del yo autónomo y el carácter individual en el liberalismo del siglo XIX lo estudia J. W. Burrow en los caps. IV y V, «El yo elusivo» y «Construyendo el yo», de su libro *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 203-262.

69 H. Adams, *La educación de Henry Adams*, cit., p. 135.

desencanto generalizado entre la intelectualidad finisecular,<sup>70</sup> *La educación* es una obra compleja que escapa a los límites del género autobiográfico y, consecuentemente, ha sido leída de muy diversas maneras: desde la más extendida interpretación política acerca del desarrollo de la «democracia» americana y sus previsiones sobre su «historia futura»<sup>71</sup> hasta aquellas interesadas por descubrir la filosofía de la historia contenida en sus capítulos.

Pesimista y crítico con el sistema de valores que le vino dado a través de su educación y su pertenencia a la aristocracia de Nueva Inglaterra,<sup>72</sup> este historiador de sesenta y siete años que se sentía incómodo tanto con sus colegas más empiristas como con los jóvenes partidarios de la *new history* fue capaz, sin embargo, de contrarrestar la pérdida de sus ilusiones con la fuerza de su compromiso con la historia. Continuator de una corriente de cultura que se remontaba a principios del Ochocientos, la división de su personalidad crítica le llevó a incorporar la tercera persona como artificio literario para crear una distancia entre el objeto y el sujeto de su escritura, esforzándose por «lograr no sólo el correcto ordenamiento de una narración histórica racional y rigurosa, sino también en guardar el distanciamiento que corresponde al historiador».<sup>73</sup> Por otro lado, a pesar de su ingenio por limitar su proyecto a lo personal y velar una parte del pasado, su idea de la «educación» como una continua «reconstrucción de la experiencia»,<sup>74</sup> una responsabilidad propia cuyas expectativas de mejora las situaba «más allá de algún horizonte remoto [donde] podrían establecerse o renovarse sus valores»,<sup>75</sup> le llevó a escribir sus recuerdos como si se tratara de la continuación de «la historia de los Estados Unidos».<sup>76</sup> Casi sin quererlo, al lado de sus encuentros con el saber el bostoniano no pudo evitar ser un historiador de su tiempo y su cultura, recrear las aventuras diplomáticas de su padre y de la política norteamericana e integrarlas como un componente esencial de su aprendizaje. En sí mismo, el procedimiento no era original –Goethe, por ejemplo, lo había empleado para evocar el panorama intelectual de la Alemania de su época y Chateaubriand dedicó la tercera parte de sus *Memorias de ultratumba* a trazar el itinerario

70 El sentimiento de imparable decadencia cultural y su reflejo en la «crisis» intelectual que marcó el desarrollo de las ciencias sociales y naturales en las postrimerías del siglo XIX, en E. J. Hobsbawm, *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, 1989, pp. 262-275. En términos generales, la denominada primera «crisis» de la historia y sus soluciones filosóficas la describe G. Noiriel (*Sur la «crise» de l'histoire*, cit., pp. 70-80); por su parte, L. Stone apuntó en «La historia y las ciencias sociales en el siglo XX» (*Pasado y presente*, México, FCE, 1986, pp. 15-120) las dos grandes líneas que se produjeron en el mundo de los historiadores (los ortodoxos y los críticos), y, para el caso francés, O. Dumoulin señaló los factores que contribuyeron a desestabilizar el imperio de la historia considerada hasta entonces como la «reina de las ciencias» del hombre («Histoire et historiens de droite, 1815-1990», en J.-F. Sirelli [dir.], *L'histoire des droites en France*, 2. *Cultures*, París, Gallimard, 1992, pp. 348-355).

71 «Introducción» a *La educación*..., cit., p. 15.

72 Sobre el pesimismo histórico que profesaba y cómo le influyeron las desgracias familiares y la definitiva toma de conciencia de su fracaso por encarnar el «poder espiritual» en la nueva sociedad norteamericana surgida de la guerra de Secesión, vid. L. Cesari, «Les États-Unis, du providentialisme aux minorités», cit., p. 545.

73 G. May, *La autobiografía*, cit., p. 74.

74 *Ibidem*, p. 23.

75 H. Adams, *La educación de Henry Adams*, cit., p. 514.

76 «Introducción» a *La educación*..., cit., p. 21.

de su rival Napoleón Bonaparte—.77 Empero, en el universo de la historiografía, Henry Adams fue uno de los primeros en asimilar perfectamente el método de pensar su vida en relación con los acontecimientos en los que había participado. Y al hacerlo así, al responder a la pregunta goethiana de «¿Por qué no hace el historiador consigo mismo aquello que hace con los demás?», amplió los contenidos y las formas del discurso autobiográfico de los historiadores.

En efecto, un repaso, necesariamente superficial, de la amplia gama de narraciones autobiográficas dejadas por los escritores de historia del diecinueve revela cómo el sentido de lo diverso y lo heterogéneo que encontramos en las *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps* de Guizot,<sup>78</sup> los *Portraits et souvenirs* de Monod<sup>79</sup> o los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* de Renan,<sup>80</sup> se fue reduciendo a medida que se consolidaban las comunidades nacionales de historiadores e iniciaban el camino hacia la profesionalización.<sup>81</sup> Las ideas sobre el oficio expuestas por el influyente historiador escocés e individualista militante Thomas Carlyle, en su versión inglesa de *Guillermo Meister* de Goethe,<sup>82</sup> o las de Jules Michelet en el *Préface à l'Histoire de France*, escrito para la edición de 1869, según la cual la obra de un historiador era inseparable del resto de su personalidad, resultan ilustrativas de lo que, en adelante, se iba a pedir a los historiadores:

La historia, con el correr del tiempo, hace al historiador en mayor medida que el historiador hace la historia. Soy hijo de mi libro. Soy obra. Este hijo ha hecho a su padre. Si bien, en principio, el libro ha salido de mí, de mi tempestuosa juventud, él ha acrecentado en mí la fuerza y la clarividencia, la vehemencia fecunda, el poder real de resucitar el pasado. Si

77 F.-R. de Chateaubriand, *Mémoires d'outre-tombe*, París, Le Livre de Poche, 1998.

78 F. Guizot, *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, París, R. Laffont, 1971 (1858-18671).

79 G. Monod, *Portraits et souvenirs*, París, Calmann Levy, 1897.

80 E. Renan, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, París, Calmann Levy, 1909.

81 Sobre el concepto de profesionalización utilizado en estas páginas, vid. I. Peiró, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, IFC, 1995, pp. 15-16. Centrada en el caso francés, una excelente síntesis sobre el proceso de formación de las comunidades profesionales, las condiciones y los diferentes factores que resultaron determinantes en la puesta en marcha de la profesionalización —entre otros, el principio de la solidaridad y la exaltación de la colectividad—, en G. Noiriel, *Sur la «crise» de l'histoire*, cit., pp. 59-70 y 211-286.

82 Como una forma de sustituir la opresión de la religión por el libre desarrollo del espíritu humano, por el desarrollo de las ideas de la ciencia como vocación en el siglo XIX, en las que se incluyen las concepciones de E. Renan e H. Taine sobre los científicos y estudiosos como la nueva elite, «sacerdotes de la religión de la búsqueda de la verdad», vid. J. W. Burrow (*La crisis de la razón...*, cit., pp. 82-87). Más adelante, este mismo autor señalará cómo «El *Bildung*, el libre desarrollo de uno mismo, por una parte, y la especialización, la limitación del yo a un oficio, por la otra, eran rivales morales y educacionales, y la segunda siguió llevando durante mucho tiempo su estigma ateniense de servilismo. A menudo se consideraba que el ejemplo supremo de la primera era Goethe, pero fue la novela de Goethe *Wilhelm Meister* (1796) la que empezó la rehabilitación de la segunda como la orden de hacer en la vida lo que se tuviera más a mano. De ahí que reapareciera ruidosamente para el siglo XIX en la articulación, por parte del traductor del *Wilhelm Meister* al inglés, Thomas Carlyle, de una concepción del deber que, a diferencia del universal kantiano, se ajustaba a cualquier cantidad dada de especificidad y diferenciación social. Aquí, en Carlyle, tenemos claros ecos del antiguo concepto calvinista del oficio y de Dios como amo todopoderoso» (pp. 255-256). Los recuerdos de Thomas Carlyle fueron editados póstumamente por J. A. Froude bajo el título de *Reminiscences*, Londres, Longmans & Co., 1881, 2 vols. Una primera aproximación a la vida y la obra de este autor, en la voz redactada por M. Hewitt, «Carlyle, Thomas, 1795-1881», de la enciclopedia ed. por K. Boyd (cit., I, pp. 178-179).



nos parecemos, estupendo. Los rasgos que tiene de mí son en gran medida aquellos que le debo, los que he conseguido gracias a él.<sup>83</sup>

En algún momento del largo final de siglo comprendido entre 1875 y 1920 la concepción de definir la propia vida dentro del estrecho marco establecido por su práctica cultural y el medio socio-institucional se afianzó con una fuerza cada vez mayor entre los nuevos académicos profesionales. Sin apenas referencias del mundo exterior y desde el encubrimiento intencionado de lo sentimental, lo privado y lo anecdótico, esta progresiva tendencia hacia la exclusividad historiográfica parece reveladora de los elementos utilizados en la construcción de una memoria profesional en la que las autobiografías venían a cumplir la función de interiorización de la ideología, normas y hábitos, valores y símbolos sobre los que debía asentarse la identidad colectiva del grupo. De esta manera, si bien la desaparición de la temática intimista no impedirá que se realicen afirmaciones sobre la familia, la amistad, la sociedad, la política o la muerte, lo que destaca claramente en la mayoría de estos pequeños relatos es su propósito de resaltar la realización efectiva del yo en el campo social del oficio, la conexión genealógica con otras grandes figuras del pensamiento histórico y el deseo de transmitir su prestigio y experiencias a las futuras generaciones. Alentados por la connivencia establecida con un público formado a su imagen y semejanza –de compañeros y discípulos, aprendices de historiadores y aficionados–, los autores convirtieron los recuerdos biográficos en una previsible repetición de sí mismos, una especie de subgénero ligado a la autobiografía por el frágil hilo de su estilo testimonial y las relaciones que guarda con el concepto de memoria de la persona que intenta vincular su oficio a la historia y a la vida: «Comme vous le savez, je suis professeur d'histoire», comenzaba Marc Bloch su intervención en la entrega de premios en el liceo de Amiens, el 14 de julio de 1914, para pasar poco después a decir que «mon cas est celui de tous les historiens» y terminar el párrafo con una rotunda afirmación, «Historiens, nous ressemblons tous, les plus grands comme les plus humbles...».<sup>84</sup>

83 Texto reproducido por H. Martin al final del cap. «Michelet y la aprehensión total del pasado», en el libro de G. Bourdè y H. Martin, con la colab. de P. Balmard, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992, pp. 124-125 (1ª ed. fr., París, Seuil, 1983). Un breve comentario al prefacio, considerado un buen ejemplo de los ejercicios de *égo-histoire*, en C.-O. Carbonell, cap. «Le XIXe siècle français, le siècle de l'histoire», del libro colectivo, dirigido por él mismo y J. Walch, *Les sciences historiques...*, cit., pp. 164-170; y un testimonio sobre su influencia entre los seguidores de la «nouvelle histoire», en J. Le Goff, *Une vie pour l'histoire. Entretiens avec Marc Heurgon*, París, La Découverte, 1996, pp. 97-102. La crítica a esta mitologización de Michelet la realiza P. Chaunu en el libro de entrevistas que concedió a F. Dosse, *L'Instant éclaté. Entretiens*, París, Aubier, 1994, p. 138. Por otra parte, quizás sea conveniente recordar que, al igual que sus contemporáneos citados al principio del párrafo, la conciencia memorialista de Michelet la podemos encontrar en su voluminoso *Journal* (París, Gallimard, 1959), su gran diario cuyos recuerdos podemos completar con otras obras biográficas como *Ma jeunesse* (París, Sté. Universitaire d'Éditions et de Librairie, 1933). En última instancia, el peso del inconsciente en la obra de Michelet fue revelado por R. Barthes en su biografía *Michelet*, París, Seuil, 1954 (reed. como *Michelet par lui-même*, París, Seuil, 1975).

84 M. Bloch, «Critique historique et critique du témoignage», recogida en *Histoire et historiens*, París, Armand Colin, 1995, p. 8 (cfr. O. Dumoulin, *Marc Bloch*, París, Presses de Sciences Politiques, 2000, pp. 84 y 231). Significativamente, C. Fink, autora de la más completa biografía sobre *Marc Bloch*, subtítulo su obra como *A Life in History* (Cambridge, C. University Press, 1991).

Estas palabras, pronunciadas en unos momentos en que las dudas comenzaban a penetrar en el imperio de la historia, proporcionan la tónica de una actitud general que, respondiendo claramente al tópico del *res nostra agitur*, además de institucionalizar el punto de vista individual, permitía elaborar un estilo de pensamiento generacional y una genealogía de la identidad colectiva. Por encima de todo, se esperaba que los historiadores asumieran la estética de la historia como un modo de vida y al hablar sobre su propio yo lo hicieran mirándose en el espejo de la profesión. De ahí a transformar la literatura de evocación en una forma tipificada de discurso histórico cuya continuación natural se encontraba en las alocuciones académicas, los homenajes y las necrologías —porque la conmemoración de la desaparición de los otros siempre tiene mucho de autobiográfico—,<sup>85</sup> sólo había un paso. La primera generación de profesionales cruzó el umbral y llevó adelante el compromiso de esbozar la *personalidad* de los historiadores como una autoafirmación individual dominada por el propósito de destacar lo colectivo, el perfil exterior de una identidad personal orientada por el esfuerzo y el cumplimiento pleno del primer principio ético de la «vocación» o «misión»: «la del trabajo con el que como otro individuo cualquiera he contribuido a la tarea común».<sup>86</sup> Robustecida por la prueba de la experiencia de la guerra,<sup>87</sup> esta ética de la responsabilidad, sacrificio interior y entrega intelectual exigía de los maestros, llegados al final de su carrera, explicar a los aspirantes a sucederles los requisitos del oficio elegido. Así lo hizo, en 1919, Max Weber al pronunciar, ante una asamblea de jóvenes estudiantes reunida en Munich, su famosa conferencia *Wissenschaft als Beruf*;<sup>88</sup> y así lo haría, en 1941, Lucien Febvre

85 Pueden servir como ejemplos ilustrativos las colaboraciones de R. Folz, «Souvenir d'un ancien étudiant», M. Pesis, «Hommage d'un ami», y P. Wolff, «Mes quatre rencontres avec Marc Bloch», que aparecen en el libro colectivo, dirigido por H. Atsma y A. Burguière, *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et Sciences sociales*, París, Éd. de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1990, pp. 39-45.

86 B. Croce, *Aportaciones a la crítica de mí mismo*, cit., p. 13. A. Gurevich recuerda cómo cambia el análisis del problema si centramos nuestra atención no en el estudio de la individualidad sino en la personalidad. «La premisa de este planteamiento se basa en lo siguiente. La individualidad se forma en unas condiciones histórico-culturales determinadas, y en unas sociedades toma conciencia de sí como tal y se expresa, mientras que en otras sociedades domina el principio de grupo, de clan. Además, la personalidad es una cualidad inalienable de la esencia del hombre que vive en sociedad. Pero en los distintos sistemas socioculturales la personalidad adquiere cualidades específicas. La personalidad es lo que define a un individuo humano, inmerso en unas condiciones sociohistóricas concretas; independientemente de hasta qué punto es original, la personalidad está inevitablemente unida a la cultura de su tiempo, absorbiendo en sí la visión del mundo, una imagen del mundo, y el sistema de valores de esa sociedad o del grupo social al cual pertenece. La personalidad se podría definir de forma convencional como una especie de «intermediario» entre la cultura y la sociedad. El estudio de la personalidad supone el estudio de la mentalidad, ese contenido de la conciencia del individuo que lo diferencia de los otros individuos y grupos» (*Los orígenes del individualismo europeo*, cit., pp. 19-20).

87 Sobre la intensa tensión de la experiencia bélica y cómo afectó al desarrollo de la individualidad y la concepción historiográfica de esta generación de historiadores, vid. M. Moretti, «Guerra e dopoguerra storiografico. Pirenne, Febvre y Bloch», *Società e Storia*, 88 (2000), pp. 345-357.

88 M. Weber, «La ciencia como vocación», incluido en *El político y el científico*, Madrid, Alianza Ed., 19806, pp. 180-123 (1ª ed. en esp., 1967). Como recuerda G. Noiriel, el término «científico» puede tomarse aquí como sinónimo de «historiador», en el sentido amplio que Weber daba a esta palabra (*Sur la «crise» de l'histoire*, cit., nota 10, p. 175). Un comentario al concepto de vocación o oficio (la palabra alemana *Beruf* abarca ambas cosas) como la forma éti-

cuando confesaba a los alumnos de la Escuela Normal Superior: «Me gusta la historia. No sería historiador si no me gustara. Cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual resulta abominable dividir la vida en dos partes, una dedicada al oficio que se desempeña sin amor y la otra reservada a la satisfacción de necesidades profundas».<sup>89</sup>

De cómo fue admitida esta tradición por la «memoria cultural» de quienes se criaron bajo su magisterio, Fernand Braudel nos dejó su testimonio cuando, en la breve introducción a su autobiografía, hacía explícitas las razones que le llevaron a escribirla:

Cómo se hizo, día a día, mi formación de historiador, y cómo esa evolución, que coincide con la historia de l'École des Annales, puede servir de ilustración a las particularidades de la historiografía francesa actual: ésa fue la doble pregunta que, en 1972, me planteó William McNeil para el *Journal of Modern History*. Confieso que durante mucho tiempo hice oídos sordos a esta propuesta que me forzaba a echar una ojeada insólita sobre mí mismo, a considerarme, en cierto modo, un objeto de la historia, y a internarme en confidencias que, a primera vista, no pueden situarse sino bajo el signo de la complacencia e incluso de la vanidad. Me dije y me repetí todas estas razones, pero William McNeil se empeñó: ¡si no escribía por mí mismo el artículo, debería tener la amabilidad de dar a otra persona la documentación necesaria para escribirlo! He terminado cediendo y trataré de responder con toda honestidad a la doble pregunta planteada, aunque confieso no estar seguro de que semejante relato, demasiado personal y de interés dudoso para el lector, resuelva realmente el debate.<sup>90</sup>

En octubre de 1985, un mes antes de morir, el debate lo resolvería el propio Braudel al explicar, ante sus discípulos y amigos reunidos en Châteauevallon, el escenario en el que se desarrolló la experiencia que le llevó a descubrirse como hombre, a construir su personalidad de historiador y transformar su concepción de la historia:

Tuve la mala, o la buena, fortuna de pasar un poco más de cinco años en prisión. Estaba en la línea Maginot. Fue un destino ingrato, y lo padecí enormemente. Me encontraba en 1941 en la ciudadela de Maguncia, hoy por suerte desaparecida; era una prisión absolutamente terrible, pues no había espacio. Yo era uno de los raros prisioneros no ya que conociera perfectamente el alemán, sino que al menos supiera algo. Cuando oía la radio alemana, resumía la información a mis camaradas. Era uno de los pocos que leía atentamente la prensa alemana. El problema consistía en librarse de alguna manera de los acontecimientos que se oían a nuestro alrededor, diciéndonos: «No es importante». ¿No podíamos superar esos vaivenes, ese sube y baja, para ver algo completamente diferente? Es lo que llamé muy pronto «el punto de vista de Dios Padre». Para Dios Padre, un año no cuenta; un siglo es un parpa-

ca de una vida en Weber lo realiza J. W. Burrow (*La crisis de la razón...*, cit., pp. 256-259). Por lo demás, O. Oexle subrayó que la concepción de la historia desarrollada por Bloch, aunque expresada en términos muy diferentes, en muchos puntos está muy próxima a la de Weber («Marc Bloch et la critique de la raison historique», en H. Atsma y A. Burguière [dirs.], *Marc Bloch aujourd'hui*, cit., pp. 419-433, esp. 422-424).

89 L. Febvre, «Vivir la historia. Palabras de iniciación», en *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 37 (la 1ª ed. en fr., París, Armand Colin, 1953).

90 F. Braudel, «Mi formación como historiador», en *Escritos sobre la Historia*, Madrid, Alianza Ed., 1991, p. 11. Un itinerario intelectual del historiador francés basado en fuentes personales lo traza G. Gemelli en el cap. «Braudel avant Braudel» de su biografía *Fernand Braudel*, París, Odile Jacob, 1995, pp. 29-73.

deo. Y poco a poco, por debajo de las fluctuaciones, por debajo de la historia de los acontecimientos, de la historia superficial, me interesé en la historia casi inmóvil, la historia que se mueve lentamente, la historia repetitiva [...]. Esta historia inmóvil, esta historia que he terminado por llamar la historia de la larga duración es la estructura de la historia, es la explicación de la historia.<sup>91</sup>

Un enfoque semejante hacia la propia vida, construida sobre las dos hipótesis del historiador –individuo e historia–, lo encontramos incluso entre alguno de los morfólogos del período de entreguerras, considerados *outsiders* por la profesión y clasificados en los manuales de historiografía en la casilla de la «metahistoria» o en la de los teóricos «destructores» de la ciencia histórica.<sup>92</sup> Arnold J. Toynbee, el popular autor de *A Study of History*, fue uno de ellos.<sup>93</sup> Para este londinense eminente, nacido en plena era del imperio y educado en Oxford en el campo de la historia de Grecia y Roma, los dramáticos acontecimientos iniciados el verano de 1914 marcaron el curso de su existencia y decidieron los temas esenciales de toda su obra. Las resonancias de su recuerdo siempre le acompañaron en los encuentros de su mente con el mundo y en los encuentros del pasado con su presente de historiador. Hacia la mitad de su vida, cuando la fama entre los lectores anglosajones le había llegado gracias a los primeros volúmenes de su magna obra, el ensayista británico localizaría en el tiempo de sus veintiocho años el momento de aquella revelación cuasi-mística que le indicó la ruta que debía seguir en la solitaria aventura de sistematizar la historia entera de la humanidad en una sucesión cíclica de civilizaciones: «Una tarde –confesaría en el tomo X de *Estudio de la historia*–, no mucho después de terminada la primera guerra mundial, el autor iba en Londres, por la parte sur de la Buckingham-Palace-Road, hacia el sur, a lo largo del muro oeste de la estación Victoria... Aquí se encontró unido, no con este o aquel detalle de la historia, sino con todo lo que

91 F. Braudel, *Una lección de historia*, México, FCE, 1989, pp. 11-12 (cfr. I. Burdiel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en el libro colectivo coord. por I. Burdiel y M. Pérez Ledesma, *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 21-22). Su descubrimiento, no sólo del Mediterráneo y de la larga duración sino también como «l'homme nouveau qui est en lui», lo recordaría Braudel en la entrevista que concedió a F. Ewald y J. J. Brochier cuando afirmaba: «Je n'étais pas, ou pas seulement, à la recherche de la Méditerranée de l'histoire, j'étais aussi à la recherche de moi-même. Je n'ai pas eu d'illumination. Je suis resté indécis des années et des années face à la Méditerranée [...]. Je me suis compris grâce à elle» («Une vie pour l'histoire», *Magazine Littéraire* [noviembre de 1984], p. 99; texto cit. por G. Gemelli, *Fernand Braudel*, cit., p. 25).

92 Recordemos el capítulo de J. Fontana, «La destrucción de la ciencia histórica», en *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 153-166. Incluidos por G. Bourdieu en el apartado de los filósofos de la historia, este autor señala cómo O. Spengler, por ejemplo, anuncia, en cierto sentido, el estructuralismo (G. Bourdieu y H. Martín, *Las escuelas históricas*, cit., p. 81; a Toynbee le dedica las pp. 84-87).

93 A. J. Toynbee, *A Study of History*, Oxford, O. University Press, 1934-1961, 12 vols., a los que añadiría otros de recapitulaciones, compendio, atlas y adiciones (trad. al esp. como *Estudio de la historia*, Buenos Aires, Emecé, 1951-1968, 15 vols.; el *Compendio* fue publicado como *Estudio de la historia*, Madrid, Alianza Ed., 1970, 3 vols.). Para una primera aproximación a su trayectoria intelectual, vid. H. Liebel-Weckowicz, s. v. «Toynbee, Arnold J., 1889-1975», en la enciclopedia editada por K. Boyd (cit., II, pp. 1200-1201), y su biografía, escrita por W. H. McNeill, *Arnold J. Toynbee, a life*, Nueva York, Oxford University Press, 1989. La calificación de la obra de Toynbee como perteneciente al dominio de la «metahistoria» la realiza R. Marx en el capítulo «La Grande-Bretagne: de l'histoire romantique à l'économétrie historique», en C.-O. Carbonell y J. Walch (dirs.), *Les sciences historiques...*, cit., p. 477.

había sido, lo que era y lo que será. En ese instante sintió que el curso de la historia pasaba inmediatamente por él en poderosa corriente, y que el curso de su propia vida fluía como una ola en el flujo de la ancha corriente.<sup>94</sup> Y al final de sus días, después de haber sido criticado por sus colegas –desde la Universidad de Utrecht, Pieter Geyl le tacharía de «profeta que vive en un mundo imaginario»–,<sup>95</sup> de defender y revisar sus ideas en los congresos internacionales de 1958 y 1961,<sup>96</sup> contó en su autobiografía cómo la presión continua de la experiencia había modelado la construcción de su propio yo y moldeado su mirada de historiador universal.<sup>97</sup>

Víctima inerte del *pathos* bélico, la realidad externa de la guerra, compartida con «innumerables contemporáneos míos en ambos lados del frente»,<sup>98</sup> le llevó, desde el presente de la vejez, a descubrir la esencia peculiar de su personalidad en un texto cuya segunda parte está urdida por sentimientos póstumos y angustias biográficas, pensamientos filosóficos y creencias deístas. «Y me siento así –escribirá en el último capítulo de *Experiencias*– porque mi relación con la Humanidad es una compenetración con la faceta espiritual de la presencia psicosomática que todo ser humano despliega ante sus semejantes y ante sí mismo».<sup>99</sup> Una especie de legado con destino al futuro que vendría justificado por la plena conciencia de la transmutación de su vida en escritura histórica. De forma elocuente, el contenido de los nueve capítulos iniciales de su autobiografía es una afirmación constante de la importancia de su «educación clásica» para el conocimiento de su biografía y su obra:

me enseñó a considerar a la civilización grecorromana como una sola unidad, y en ese sentido he tratado de expandir sistemáticamente mis horizontes históricos. Siguiendo este criterio y dentro de mis campos de acción, he intentado incluir y clasificar a las demás sociedades que hasta hoy han ido apareciendo y desapareciendo, a semejanza de la sociedad grecorromana. Lo mismo he querido hacer con las filosofías y las religiones superiores; he tratado de adentrarme en las filosofías de Buda y de Confucio, al igual que en las de Platón, Aristóteles, Epicuro y Zenón; también he intentado comprender el islamismo y el judaísmo

94 A. J. Toynbee, *Contactos entre civilizaciones en el tiempo*, vol. X de *Estudio de la historia*, Buenos Aires, Emecé, 1962, p. 139 (cfr. J. Vogt, *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, Madrid, Guadarrama, 1974, p. 170).

95 La cita en J. Vogt, *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, cit., p. 170.

96 La noticia de la defensa en los congresos de historiadores y la revisión de sus ideas, en H. Liebel-Weckowicz (s. v. «Toynbee, Arnold J., 1889-1975», en la enciclopedia editada por K. Boyd, cit., II, p. 1201). Resulta significativa de las críticas con que sus conclusiones fueron recibidas por el gremio de los historiadores la anécdota narrada por el propio Toynbee: «cuando mi hijo Philip era interno en la Dragon School de Oxford, recibí una carta suya que decía: "Queridos Mamá y Papá: Acaba de sucederme una cosa realmente encantadora: se ha fundado aquí una sociedad anti-Toynbee..."» (*Experiencias*, Buenos Aires, Emecé, 1972 [1ª ed. en Oxford University Press, 1969], p. 13). Con ocasión del centenario de su nacimiento, la publicación del libro colectivo editado por C. T. McIntire y M. Perry, *Toynbee: reappraisals*, Toronto, University of T. Press, 1989, representa uno de los intentos de reevaluación de sus tesis.

97 A. J. Toynbee, *Experiencias*, cit. Con anterioridad a esta obra había publicado *Acquaintances* (Londres, Oxford University Press, 1967), conjunto de retratos de personajes que había conocido a lo largo de su vida.

98 A. J. Toynbee, *Experiencias*, cit., p. 7.

99 *Ibidem*, p. 367. Toda la segunda parte de la obra es un intento de explicación obsesiva de los problemas a los que se enfrentaba la Humanidad en 1969 (pp. 187-377).

con el mismo interés que el hinduismo, el cristianismo y el mahayanismo. Y a pesar de mi desapego respecto de la moderna civilización occidental —que está invadiendo toda la superficie, y aun el aire, de nuestro planeta—, he procurado adentrarme en los asuntos humanos actuales sin perder el pie que tenía puesto en el pasado.<sup>100</sup>

Al contrario que Gibbon, para quien su mundo dieciochesco había servido de guía en su doble itinerario de hombre e historiador,<sup>101</sup> Toynbee eligió como mentor nada más ni nada menos que al Mundo en mayúsculas. Unidas en el «gran tiempo» de su memoria por el hecho capital de la gran guerra, desde la tradición clásica que admiraba hasta la moderna contemporaneidad que no apreciaba serán sus interlocutores en los diálogos sobre sí mismo. Sintiendo un Jano redivivo<sup>102</sup> que se mueve con soltura entre las distintas civilizaciones y se encuentra a gusto tanto con los héroes más lejanos como con los talentos más brillantes de su época, de los datos que brotan en las páginas dedicadas a su biografía profesional surgirá el imaginario que sustenta la conciencia de una personalidad excepcional y diferente. La voluntad de ser no sólo un historiador de su tiempo sino —ante todo— un humanista «al estilo italiano del siglo XV» aparece incrustada en el texto como parte de su estrategia de autor. Una autoafirmación activa de la propia persona y de lo que ha sido en su carrera historiográfica pensada desde el momento en que comienzan los recuerdos familiares —soy historiador porque mi madre lo fue— e inseparablemente unida y mutuamente determinada por «mi vieja educación clásica». Y es que, a diferencia de Henry Adams, angustiado por recuperar el tiempo perdido por la mala educación recibida, para Toynbee fueron los efectos de su formación los que, además de salvarle «de ser instruido en los asuntos humanos según el estilo alemán» y evitarle «el culto que el siglo XIX tributó a la especialización», le permitieron cuestionar las trayectorias seguidas por distintas historiografías nacionales y definirse como historiador.<sup>103</sup> No obstante, tras las condenas y búsquedas de la verdad, debajo de la máscara de esforzado victorianismo con que recubre la historia de su fidelidad a sí mismo, podría decirse que, el relato del antiguo titular de historia griega y bizantina de la Universidad de Londres y director del Instituto Real de Asuntos Internacionales oculta algo completamente diferente: un alto sentido de la *alteridad*, de identificación de su yo con el oficio. Corriendo el riesgo de forzar un poco las cosas, este planteamiento parece surgir de la fusión entre la necesidad de un individuo por sentirse comprendido en su especificidad y los deseos de un escritor de historia cuyo sentido de la identidad, aunque construido en gran medida por su educación, depende del respaldo de los otros y del reconocimiento de su «vocación». Un historiador, en definitiva, que no puede disi-

100 *Ibidem*, p. 119.

101 Toynbee confesará su devoción por Gibbon «desde mis días de escolar», en que «leí la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, y tomé nota de sus «Observaciones generales sobre la caída del Imperio Romano en Occidente», «hasta que, en los primeros días de agosto de 1914, el desastre, insospechado por mí, en el que todo mi Mundo se estaba precipitando, abrió de repente mis ojos a la verdad» (*Experiencias*, cit., pp. 206 y 208).

102 «Jano a los setenta y cinco (14 de abril de 1964)» será el título del capítulo 7 de *Experiencias*, cit., pp. 112-119.

103 El cap. 6 de *Experiencias*, cit., lo titulará «Por qué y cómo trabajo» (pp. 95-111). Los últimos entrecomillados pertenecen a las pp. 97, 115 y 117.

mular su voluntad de reivindicarse como tal y, desde las experiencias del pasado recuperadas en las sensaciones del presente, tender un puente hacia el futuro vinculando su dimensión individual con la memoria de una profesión que, «con una mezcla de indignación, envidia y desprecio»,<sup>104</sup> había alzado sus barreras contra él y sus obras.

En un plano más complejo, la necesidad de explicar el sentido de una vida dedicada a la «science des hommes dans le temps»<sup>105</sup> estimuló todo un conjunto de reflexiones que, sin poderlas caracterizar como autobiografías, se sirvieron de su obra para introducir un fondo biográfico donde los datos existenciales se imbricaban en el tejido historiográfico. Así, los retos metodológicos y desafíos teóricos, las convicciones de lo que debía ser la ciencia de la historia, los combates contra el uso político de la misma y las definiciones sobre el «oficio» de historiador que aparecen en las ediciones póstumas de la *Weltgeschichtliche Betrachtungen* del orgulloso «archidiletante» Jacob Burckhardt<sup>106</sup> o la *Apologie pour l'Histoire* del malogrado «capitaine Bloch»,<sup>107</sup> no desmienten la íntima conexión de la conciencia histórica y la abrumadora experiencia humana de sus autores.<sup>108</sup> Un yo refractado por las exigencias del «lenguaje» universal de la historia que, mediante la acumulación de detalles diversos, muy sutiles a veces, incide sobre la superficie de los textos y nos proyecta en el universo interior de unos historiadores preocupados por los problemas de la sociedad y la historiografía de su época. En esta medida, tanto la monografía del humanista suizo (en la que hace hincapié en la amenaza del Estado de masas moderno para el individuo)<sup>109</sup> como la del medievalista fran-

104 G. Bourdé y H. Martin, *Las escuelas históricas*, cit., p. 84.

105 M. Bloch, *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien*, París, Armand Colin, 1993, p. 84.

106 Fallecido en 1897, los amigos de Jacob Burckhardt se encargaron de editar, junto a los cuatro volúmenes de *Griechische Kulturgeschichte* (1898-1902) y sus *Historische Fragmente aus dem Nachlass* (1929), las citadas *Weltgeschichtliche Betrachtungen* (1905; trad. por W. Roces como *Reflexiones sobre la Historia universal*, México, FCE, 1943).

107 Apodado por sus alumnos como *capitaine Bloch* y fusilado por los alemanes el 16 de junio de 1944, la primera versión de la *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien* fue editada en 1949 por su colega L. Febvre (la editorial FCE publicó, en 1952, la excelente traducción realizada por M. Aub y P. González Casanova, con el título de *Introducción a la Historia*). En 1993, el hijo mayor de Marc Bloch, Étienne, se encargó de realizar una edición definitiva con un prefacio de J. Le Goff (ed. cit. de París, Armand Colin), traducida en México, FCE, 1996.

108 Sobre el último de los autores citados y desde la consideración de que tanto sus estrategias de conocimiento como sus campos temáticos se desarrollaron bajo el prisma de su experiencia de la guerra, U. Raulff ha escrito una polémica biografía, *Ein Historiker im 20. Jahrhundert: Marc Bloch*, Frankfurt, S. Fischer, 1995). En cierta medida, el libro ya citado de O. Dumoulin sobre *Marc Bloch* es una contestación al autor alemán (la presentación de las tesis y críticas que ha recibido la obra, especialmente en pp. 160-161). De los escritos de guerra de M. Bloch, junto a *L'Étrange Défaite* (París, Société des Éditions «Le Franc-Tireur», 1946; nueva ed. con textos inéditos, en París, Armand Colin, 1957), se han publicado sus *Écrits de guerre (1914-1918)*, París, Armand Colin, 1997. Una exposición documental de sus actividades en las dos grandes guerras mundiales, en el libro de É. Bloch, con la colab. de A. Cruz-Ramírez, *Marc Bloch, 1886-1944. Une biographie impossible*, Limoges, Culture & Patrimoine en Limousin, 1997, pp. 51-58 y 69-92. En una línea parecida, partiendo de la hipótesis de que el medio social del medievalista germano-americano Ernst Kantorowicz, además de determinar un conservadurismo «prusiano» que se vería matizado por su condición de judío, explica su vocación de historiador del Estado y su concepción de la función pública y de los funcionarios, A. Boureau escribió la biografía *Histoires d'un historien. Kantorowicz* (París, Gallimard, 1990).

109 Un resumen apretado de su biografía y sus preocupaciones como historiador lo realiza R. Drake en la voz «Burckhardt, Jacob, 1818-1897» de la enciclopedia editada por K. Boyd (cit., I, pp. 151-152); también, resulta muy

cés (en buena parte dedicada a señalar la primacía del hombre como sujeto de la historia)<sup>110</sup> ejemplifican una tradición de pensamiento que avanzando por caminos solitarios se sitúa en la frontera entre la lógica de la historia y la introspección psicológica, entre el presente de la condición de historiador y la interrogación sobre el futuro colectivo en tanto horizonte esencial de la búsqueda de la verdad histórica.

#### EL FINAL DEL MILENIO O EL NUEVO «NARCISISMO HISTÓRICO»

En cualquier caso, en las décadas que siguieron a la segunda guerra mundial, este tipo de *críticas de la razón histórica* pronto serían olvidadas por sus sucesores. Negándose a asumir en su totalidad la herencia «epistemológica» de los padres fundadores, las cuestiones sobre el «método» y el «oficio» pasaron a ser consideradas como arcaísmos del pasado de la profesión. Los tradicionales *discursos sobre la historia* dejaron de interesar a los historiadores más influyentes de los 60 y 70, cuyas pretensiones científicas y apuestas por la modernidad les llevaron a centrarse en el tema de la «interdisciplinariedad» y el problema de la «escritura de la historia».<sup>111</sup> Desde la perspectiva aquí adoptada, lo que queda de aquel conjunto de deslizamientos teóricos hacia el empirismo, itinerarios revisionistas y críticas contra el uso de los grandes modelos es la existencia de una clase de mandarines que, al imaginar la historia como la crónica de sus propias investigaciones y lenguajes renovados, han resuelto sus problemas de autoidentificación dando rienda suelta a su «vocación autobiográfica». Vista como una tendencia general, esta inmersión apasionada en el tiempo de la memoria y el recuerdo, en la conciencia del yo y el mundo, ha provocado, cuando menos, dos tipos de declaraciones diferentes. Así, mientras un grupo de ellos se han ocupado de autojustificar sus compromisos con el individualismo, aportando los hechos de su vida para modelar una imagen de «historiadores sin escuela y discípulos sin maestros» y preconizar la idea del historiador como un individuo aislado, un «artista» para quien «l'histoire n'est pas une science», mais *une façon d'exprimer sa personnalité*,<sup>112</sup> otros no han

útil el capítulo «La historia como vocación en la Basilea de Burckhardt» que le dedica C. E. Schorske (*Pensar con la historia*, cit., pp. 105-128).

110 Vid. J. Le Goff, «Préface» a M. Bloch, *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien*, cit., p. 46.

111 En términos generales, en la partida librada en el ajedrez de las ciencias sociales, la combinación de violentos ataques frontales y movimientos envolventes de seducción dirigidos por los filósofos, lingüistas, sociólogos o antropólogos contra la vieja reina de la historia, además del giro epistemológico de una franja reducida de historiadores (representado por el libro de P. Veyne *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza Ed., 1984 [1ª ed. fr., 1971] y la popularización del análisis del discurso, provocó el rápido desmantelamiento de las fronteras de la disciplina y el enfrentamiento con los partidarios de la historia social, de los grandes modelos y sistemas históricos. Sobre el tema, vid. las páginas de G. Noiriel (*Sur la «crise» de l'histoire*, cit., pp. 93-122) y el imprescindible libro de F. Dosse *La historia en migajas. De «Annales» a la «nueva historia»*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988, pp. 173-261. Una excelente síntesis de cómo afectó el proceso a la historiografía, en J. J. Carreras, «La historia hoy: acosada y seducida», en A. Duplá y A. Emborujó (eds.), *Estudios sobre historia antigua e historiografía moderna*, Vitoria-Gasteiz, Instituto de Ciencias de la Antigüedad – Universidad del País Vasco, 1994, pp. 13-18.

112 La cita de R. Bonnaud la utiliza al comentar la traducción al francés de la autobiografía del historiador británico, especializado en la historia de la Revolución Francesa, R. Cobb, *Une éducation classique*, París, La Manufacture, 1990 («Histoires de vies, vies d'historiens», en *Histoire et historiens depuis 68. Le triomphe et les impasses*, París,



dejado de reconocer sus contradicciones cuando se trata de escrutar su vida interior: «Point de recherche qui ne soit recherche de soi-même, et à quelque degré déjà introspection», escribiría el especialista en historia de Rusia y ex director de estudios de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Alain Besançon, «Mais cette implication, cette identification est anxiogène et violemment combattue».<sup>113</sup>

Conectado con las viejas teorías resucitadas que vinculan al autor con su objeto de investigación, con el fenómeno editorial de los *best-sellers* históricos y la ascensión de la microhistoria o la biografía,<sup>114</sup> la novedad de este moderno «narcisismo histórico» no radica en la disposición entusiasta de los historiadores para escribir o hablar sobre sí mismos, pues, como hemos visto, las historias de vida formaban parte de la herencia cultural y el sistema de reproducción colectivo desde el siglo XIX. Lo que ha cambiado, en los últimos veinticinco años, es que la búsqueda de los mecanismos de la individualización se ha fundido con las modas impuestas por un mercado dirigido al gran público.<sup>115</sup> Desde este punto de vista, ni podemos olvidar las razones de índole práctico y comercial que han llevado a los editores a publicar este tipo de obras ni relegar a un segundo plano la idea de que este contexto de «exaltación de cada uno para sí y del mercado para todos»<sup>116</sup> ha favorecido la aceptación oportunista de *l'égo-histoire* y las autobiografías como una de las formas historiográficas más destacadas de finales del siglo XX y su lanzamiento como productos de una cultura consumista. Y aunque ninguno de los historiadores-autobiógrafos contemporáneos ha alcanzado el éxito obtenido por Gibbon o Adams, esto, desde luego, supone una parte de la explicación. Sin embargo, en la medida en que la personalidad de los historiadores se manifiesta en el recuerdo de los otros hombres y el encuentro con la historia, también parece necesario prestar atención a los principios individuales y las experiencias profesionales al considerar los motivos de unos autores que han decidido en su madurez o vejez buscar la

Kimé, 1997, p. 101). Por estar en buena parte construido sobre testimonios autobiográficos de historiadores franceses contemporáneos, es muy esclarecedor el cap. 4, «Una metahistoria del Gulag», de *La historia en migajas...* de F. Dosse (*op. cit.*, pp. 224-243).

113 A. Besançon, *Histoire et expérience du moi*, París, Flammarion, 1971, p. 66 (cfr. G. Thuillier y J. Tulard, *Le métier d'historien*, París, PUF, 1991, p. 58).

114 Un artículo ilustrativo donde se analiza la «moda biográfica» surgida en Francia desde los años setenta y los debates que, desde la investigación sociológica, generó con disciplinas como la historia, la lingüística o la antropología, es el de C. Heinritz y Á. Rammstedt, «L'approche biographique en France», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, XCI (julio-diciembre de 1991), pp. 331-370 (en sus páginas finales incluye un amplio repertorio bibliográfico sobre trabajos publicados en Francia y Alemania, así como los especiales de las principales revistas francesas dedicados a la autobiografía, memorias, biografía o relatos de vida). Desde la perspectiva historiográfica resulta de imprescindible consulta el cap. de I. Burdiel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en I. Burdiel y M. Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores...*, cit., pp. 17-47.

115 Junto a las transformaciones de la profesión, la aparición de un nuevo público específico la señala C. Charle en su artículo «Être historien en France: une nouvelle profession?», en F. Bédarida (dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, París, Éd. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1995, pp. 21-44, esp. 35-37. En esta misma línea, A. Prost ha recalado la importancia que ha tenido la consolidación del mercado dirigido al gran público en el desmigajamiento de la profesión de historiador (*Douze leçons sur l'histoire*, París, Seuil, 1996, pp. 44-53).

116 F. Dosse, *La historia en migajas...*, cit., p. 187.

mediación de la memoria<sup>117</sup> para interrogarse sobre su propio pasado y revivir «aquellos momentos de mi trayectoria personal que habían influido en mi trabajo de historiador».<sup>118</sup>

Me propongo ahora hablar de manera sobria y familiar de mi oficio –confesaba en 1991, Georges Duby–, mejor dicho, de nuestro oficio y del camino que hemos recorrido, pues nosotros los historiadores junto con los especialistas de las demás ciencias humanas, hemos ido todos al mismo paso. Raros son, en efecto, los investigadores de estas disciplinas que se aventuran solos lejos de los senderos trillados. Sin que siempre lo sospechen, otros lo hacen al mismo tiempo que ellos. El mismo viento nos empuja y generalmente navegamos en conserva. Por lo tanto, esta historia no es sólo la mía. Es, a lo largo de cincuenta años, la de la escuela histórica francesa.<sup>119</sup>

Sin querer ofrecer una impresión de unidad donde de hecho hay una enorme variedad, e incluso incompatibilidades, ni poder realizar una descripción completa del fenómeno a causa de la complejidad y la idiosincrasia de los distintos personajes, se podría decir que los relatos más interesantes de estos historiadores, aquellos que creen en la función social de la historia<sup>120</sup> y la historicidad de su obra, presentan semejanzas reconocibles, analogías esenciales e «inercias colectivas» derivadas de la tradición. Desde el rechazo de que la vida individual y la historia sean simples efectos de la imaginación y la dictadura del texto, la posible modernidad de estas autobiografías, «concebidas como una empresa suprema que engloba, explica y justifica todo lo que le precede»,<sup>121</sup> radica en las variaciones de sus respuestas ante las supuestas crisis de la disciplina y las transformaciones experimentadas por el oficio.<sup>122</sup> También, en sus tomas de posición frente a los partidarios de la «invención» y la «muerte del autor», en sus alegatos lanzados contra las corrientes negacionistas del pasado más reciente y, en definitiva, en su defensa del territorio del historiador, pues, como recordaba Eric J. Hobsbawm, si «la his-

117 P. Vidal-Naquet señalaba que sus memorias eran a la vez un «livre d'histoire autant que de mémoire», un libro donde él era «à la fois l'auteur et l'objet» (*Mémoires, I. La brisure et l'attente*, París, Seuil – La Découverte, 1991, p. 12). Un análisis de la personalidad y la obra de este historiador de la Grecia antigua, del genocidio de los judíos y la guerra de Argelia, en el libro colectivo, dirigido por F. Hartog, P. Schmitt y A. Schnapp, *Pierre Vidal-Naquet, un historien dans la cité*, París, La Découverte, 1998. Utilizando ideas de P. Ricoeur (*Soi-même comme un Autre*, París, Seuil, 1990, p. 149), sobre el recuerdo de los otros, vid. las palabras de F. Dosse al hablar de la personalidad de Chaunu (*L'Instant éclaté. Entretiens*, cit., p. 15).

118 G. Jackson, *Memoria de un historiador*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, p. 10.

119 G. Duby, *La historia continua*, Madrid, Debate, 1992.

120 Sobre la tensión existente entre quienes se pronuncian por la historia como un saber desinteresado, una especie de «histoire pour l'histoire», a la manera del «arte por el arte», y aquellos que manifiestan su convencimiento de sus autores en la importante función social de la ciencia histórica en la sociedad contemporánea, vid. F. Bédarida, «La dialectique passé/présent et la pratique historique», en *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, cit., p. 84, y el número monográfico dedicado a *La responsabilité sociale de l'historien* por la revista *Diogenes*, 168 (octubre-diciembre de 1994).

121 G. May, *La autobiografía*, cit., pp. 36-37.

122 Todo un síntoma de la atención que, desde finales de los años ochenta, comenzó a prestar la comunidad internacional al tema de la diversificación del oficio de historiador sería el congreso celebrado en Nice en febrero de 1986, bajo el patrocinio de la Unesco. Las actas serían publicadas en el libro colectivo dirigido por R. Rémond, *Être historien aujourd'hui*, París, Érès-Unesco, 1988.

tió jamás en la realidad desaparecida pero en cambio pertenecía a una realidad mental que sí existía en el momento de escribir.<sup>36</sup> Frente a las interferencias de la memoria y los contrastes del pasado con el que se desea establecer una continuidad, este reconocimiento de la superioridad del presente del acto creativo era su forma de resolver el problema que se plantea a quienes emprenden conscientemente la aventura de reconstruir en toda su densidad las cambiantes dimensiones de su vida. Fruto de la experiencia biográfica y de la historia, la repetición selectiva del recuerdo por parte de un sujeto, además de implicar una concentración del sentido temporal interno en un presente contemporáneo, supone también una perspectiva de futuro «que trasciende el propio tiempo vital».<sup>37</sup>

En tanto que producto de una descripción actual e individual, los recuerdos biográficos pueden pertenecer «al mundo de lo imaginario y sustentarse en él, como en aquella narración de Borges *El milagro secreto*, en la que un escritor checo que va a ser fusilado por los nazis compone de memoria (y en el relámpago de tiempo que media entre la orden de fuego y el impacto de las balas) el drama *Los enemigos*, que había sido la obsesión de su vida y que nadie conocerá sino él y Dios»,<sup>38</sup> o como en las tres primeras líneas de *Cien años de soledad*, cuando «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo», que reúnen en un mismo espacio las complejas operaciones del tiempo relativo de los recuerdos (futuro, presente y pasado).<sup>39</sup> También,

36 Especialista en historia medieval y americana, se le considera el responsable del comienzo de la transición entre la historiografía romántica (la historia entendida como un género de la literatura) y la historiografía universitaria profesional norteamericana. En la etapa final de su vida evolucionó hacia el pesimismo historiográfico, cambiando el evolucionismo de Darwin por la «psicología de la multitud» del médico francés Gustave Le Bon, en sus teorías sobre la degeneración del «organismo social». Para una primera aproximación a la vida y la obra de este autor, vid. la entrada «Adams, Henry (1838-1918)», en K. Boyd (ed. lit.), *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, Londres, Fitzroy Dearborn, 1998, I, pp. 2-4; L. Cesari, «Les États-Unis, du providentialisme aux minorités», en C.-O. Carbonell y J. Walch (dirs.), *Les sciences historiques de l'Antiquité à nos jours*, París, Larousse, 1994, pp. 544-547, y D. Ross, *The Origins of American Social Science*, Cambridge - Nueva York, C. University Press, 1991, pp. 64-66. La ed. esp. de *La educación de Henry Adams* contiene una bibliografía escogida de y sobre el autor (ed. cit., pp. 27-28).

37 R. Koselleck, «Espacio de experiencia» y «horizonte de expectativa», dos categorías históricas, cit. Para J. Sträter, «los tipos de recuerdo histórico y biográfico se diferencian únicamente por su dilación temporal y, ocasionalmente, personal. Esta diferencia es, sin embargo, fundamental para la investigación del recuerdo en el marco de las reflexiones historiográficas, puesto que a través de la dilación temporal se altera su perspectiva, cambiando del espacio temporal del tiempo biográfico al del tiempo histórico» («El recuerdo histórico y la construcción de significados políticos...», cit., p. 89). Siguiendo a C. E. Schorske (*Pensar con la historia*, cit., pp. 17-18), E. Hernández Sandoica señala la estrecha relación de los historiadores con el presente, pues «la historia genera no sólo un modo de conocimiento peculiar —y en suma identificable tras de sus variedades—, sino también la capacidad multiplicada de emplear, de mil formas distintas, sus mismos elementos de pasado en el presente vivo, en todo tipo de *presente al fin*» («Prólogo» a A. Rivière Gómez, *Orientalismo y nacionalismo español. Estudios árabes y hebreos en la Universidad de Madrid [1843-1868]*) Madrid, Universidad Carlos III - Dykinson, 2000, p. 15).

38 Tomo literalmente la cita y la nota de J.-C. Mainer, *Historia, literatura y sociedad*, cit., p. 42. El cuento de J. L. Borges se halla en el apartado «Artificios» de *Ficciones* (1944).

39 G. García Márquez, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1967, p. 9. Un análisis de la compleja red de relaciones, desplazamientos e inversiones temporales que se inscribe en este párrafo, en D. Lahr y B. Pastor, «Aproximaciones al tiempo», *Riff Raff*, 14 (otoño de 2000), pp. 130-131.

toria sobre la que escribimos no fuera discernible de la ficción, ya no habría lugar para la profesión de historiador, y la gente como yo habría desperdiciado su vida».<sup>123</sup> Pero no sólo eso. Desde el volumen *Essais d'égo-histoire*, editado por Pierre Nora, hasta el retrato generacional realizado por Luisa Passerini, pasando por los libros y colaboraciones individuales de Peter Gay, Georges Duby, Natalie Zemon Davis, Gabriel Jackson, Annie Kriegel, Saul Friedländer o H. Stuart Hughes, el mayor atractivo de estas obras se encuentra en el esfuerzo realizado por sus autores por ir más allá de la experiencia personal, por ofrecer sus genuinas visiones de una realidad percibida como tal en el momento de los acontecimientos e integrar el «gran cuadro de la historia» en la configuración consciente de su memoria interior y su articulación dialéctica con la memoria colectiva.

De ahí que, tejidas al hilo de los principales acontecimientos políticos, procesos ideológicos y movimientos sociales del siglo XX, las autobiografías de los historiadores mencionados las podemos ver como una contestación al intento de ciertos teóricos literarios de anexionar toda la literatura autobiográfica al reino de la ficción.<sup>124</sup> Porque, detrás de las características formales del género y la evidencia de que la dimensión que mejor define a estos escritos es la de la identidad del yo, en la base de todos ellos está su opción por lo histórico frente a lo literario. Fieles a este código, la radical afirmación del principio cronológico que regula la heterogeneidad de los recuerdos en su referencia espacial y los encadena de forma retrospectiva al presente de la escritura y la consciencia de sus lectores, nos lleva a reconocer el carácter de fuentes reales de la historiografía de unos textos que alimentan con experiencias vivas la memoria y la historia de la que se hacen eco.<sup>125</sup> En el fondo, no parece descabellado pensar que la mejor forma que tienen los historiadores de caminar por los senderos que se bifurcan de la temporalidad, de lanzar al futuro la *semilla inmortal* de sus palabras,<sup>126</sup> es la de hacer frente a los sepultureros de la historia con algo más que un bello epitafio.

123 E. J. Hobsbawm, *Los ecos de la marselesa*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 17.

124 J. D. Popkin, «Historians on the Autobiographical Frontier», cit., p. 748.

125 Aunque resulta difícil compartir alguno de sus presupuestos teóricos, por resaltar el valor de la literatura del yo como fuente para la investigación histórica, vid. el artículo de M. de Moraes Ferreira, «Diario personal, autobiografía y fuentes orales: la trayectoria de Pierre Deffontaines», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 2/24 (2000), pp. 95-106. De igual modo, una provocadora aproximación a ese complejo encuentro de la mente con el mundo, del pasado con el presente, en el excelente libro de P. Gay *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, México, FCE, 1992, 2 vols. Un intento de aplicación de estas fuentes en el estudio de la historia de la historiografía española, en mi trabajo «La historia de una ilusión: Costa y sus recuerdos universitarios», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 13 (1996), pp. 209-313.

126 E. Lledó explica la expresión «semilla inmortal», de la que se habla en el *Fedro* platónico, como base sobre la que se fundamenta la justificación de los textos escritos y su relación dialéctica con los intérpretes y la memoria (*El silencio de la escritura*, cit., pp. 93 y 149-161).